

Lewis Carroll

ALICIA A TRAVÉS DEL ESPEJO

Ilustraciones de
Fernando Vicente

Traducción de Andrés Ehrenhaus



Nørdicalibros

ALICIA A TRAVÉS DEL ESPEJO Y LO QUE ALICIA ENCONTRÓ ALLÍ

Lewis Carroll

Ilustraciones de Fernando Vicente

Traducción de Esther Tusquets



Título original: *A Study in Scarlet*

© De las ilustraciones: Fernando Vicente

© De la traducción: Esther Tusquets

Edición en ebook: junio de 2016

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B 28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN DIGITAL: 978-84-16440-76-4

Diseño de colección: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Juan Marqués y Ana Patrón

Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Lewis Carroll

(Daresbury, 1832 - Guildford, 1898)

Charles Lutwidge Dodgson era su verdadero nombre. A los 18 años ingresó en la Universidad de Oxford, en la que permaneció durante cerca de 50 años, y en la que obtuvo el grado de bachiller. Fue ordenado diácono de la Iglesia Anglicana y enseñó Matemáticas a tres generaciones de jóvenes estudiantes de Oxford y, lo que es más importante, escribió dos de las más deliciosas narraciones de la literatura universal: *Alicia en el país de las maravillas* y *A través del espejo*.

Las Matemáticas fueron su pasión. También fue un notable fotógrafo, intentando recuperar, a través de este arte, la inocencia perdida (fotografió sobre todo a niñas, como Alice Liddell).

Fernando Vicente

(Madrid, 1963)

Comienza su trabajo de ilustrador a principios de los años 80 colaborando en la desaparecida revista *Madriz*. Gana el Laus de oro de ilustración en 1990.

Colabora asiduamente con el suplemento cultural *Babelia* del diario *El país* desde el que muestra su trabajo más literario cada sábado y donde ha ido perfilando su actual estilo como ilustrador. Con este trabajo ha conseguido tres Award of Excellence de la Society for News Design. Para Nórdica ha ilustrado *El juego de las nubes*, *La saga de Eirík el Rojo*, *El manifiesto comunista* y *Estudio en escarlata*.

Contenido

Portadilla
Créditos
Autor
Ilustraciones

Prólogo
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Nota del autor
Contraportada

Prólogo

¡Criatura de carita despejada

Y cándidas pupilas!

El tiempo vuela y aunque nos separa

Ya más de media vida

Sé que sabrás sonreír, agradeciendo

El cálido regalo de este cuento.

No vi jamás tu rostro luminoso

Ni pude oír tu risa,

Ni pensarás en mí siquiera un poco

El resto de tu vida:

Me basta con que tengas el deseo

De disfrutar al escuchar mi cuento.

Un cuento que empecé cuando los días

De estío aún brillaban;

Un simple son, un ritmo que movía

Los remos de la barca:

Sus ecos vuelven siempre, aunque la edad

Me diga con envidia: «¡Olvidarás!».

¡Ven, corre, antes de que la voz del miedo,

Con sus rumores grises,

Insista en que ha de retirarse al lecho

Una doncella triste!

No somos más que niños viejos, cielo,

Y al caer la tarde nos estremecemos.

Afuera, nieva y hiela sin piedad

Y ruge la tormenta;

*Adentro, el fuego alumbra en el hogar
Y la niñez festeja.*

*Al son de las palabras y su magia
Olvidarás muy pronto la borrasca.*

*Y aunque la sombra de un suspiro alado
Susurre su desvelo*

Por los alegres días de verano

Que se desvanecieron,

No empañará con su agridulce aliento

La grata placidez de nuestro cuento.





Capítulo I

La casa del espejo

Estaba clarísimo: la gatita blanca no había tenido nada que ver; todo había sido culpa de la gatita negra. La gatita blanca no pudo haber participado en la trastada porque llevaba un cuarto de hora dejando que la gata vieja le lavase la cara sin decir ni miau.

Así es como Dina lavaba la cara a sus hijitos: primero le pisaba la oreja al pobrecillo de turno con una pata y luego le restregaba la otra por todo el morro pero al revés, empezando por el hocico; y en eso estaba mientras la gatita blanca, tumbada y muy quietecita como he dicho, trataba de ronronear; quizás porque entendía que todo aquello era por su bien.

A la gatita negra, en cambio, esa tarde la habían acicalado antes; y mientras Alicia, acurrucada en una esquina del gran sillón, medio dormía y medio peroraba, la muy traviesa no había parado de jugar alegremente con el ovillo de lana que la niña acababa de enrollar, haciéndolo rodar de aquí para allá hasta desenrollarlo del todo. Allí, en medio de esa maraña de nudos desplegada sobre la alfombrilla del hogar, jugaba a atrapar su propia cola.

—¡Pero qué animalito tan malo! —chilló Alicia, alzándola y dándole un besito en señal de que la cosa iba en serio—. ¡Dina debería haberte enseñado mejores modales! ¡Debiste hacerlo, Dina, bien lo sabes! —añadió con una mirada de reproche dirigida a la gata vieja, en el tono más severo posible, antes de volver a apoltronarse en el sillón con la gatita y empezar a enrollar la lana otra vez. Pero como hablaba sin parar, a ratos con la gatita y a ratos consigo misma, no adelantaba gran cosa. Kiti, primorosamente sentada en su rodilla, aparentaba seguir la evolución del ovillo y de vez en cuando estiraba una patita y lo tocaba con suavidad, como si estuviese encantada de poder ayudar.

—¿Sabes qué día es mañana, Kiti? —arrancó Alicia—. Lo habrías adivinado si te hubieras asomado a la ventana conmigo. Claro que Dina te estaba aseando y no podías. He visto a los chicos juntando leña para la hoguera. ¡Un montón, Kiti! Sólo que ha empezado a hacer mucho frío y se ha puesto a nevar y han tenido que dejarlo. No importa, Kiti, ya iremos a ver la hoguera mañana. —Y al decir esto dio dos o tres vueltas a la lana alrededor del cuello de la gatita, sólo por ver cómo quedaba, y a continuación rodó el ovillo por el suelo y volvió a desovillarse.

—Me has hecho enfadar mucho, Kiti, ¿lo sabías? —continuó Alicia en cuanto se reacomodaron—. ¡Cuando he visto la que has montado, casi abro la ventana y te echo a la nieve! Y te lo habrías merecido, cosita traviesa. ¿Tienes algo que decir a tu favor? ¡Oye, no me interrumpas! —la riñó con el dedo en alto—. Te diré todo lo que has hecho mal. Uno: has gemido dos veces mientras Dina te lavaba la cara. No irás a negarlo, Kiti: ¡te he oído! ¿Cómo dices? —Acercó el oído como si la gatita hubiera hablado—. ¿Que te metió la zarpa en el ojo? Bueno, pues mira, es culpa tuya por no haberlos cerrado. Si los hubieras apretado muy fuerte no habría pasado nada. ¡Deja ya de poner excusas y atiende! Dos: has apartado a Copito por la cola cuando le he puesto el cuenco de leche delante. ¡Venga! No me digas que tenías tú más sed que ella, porque eso no puedes saberlo. Y tres: ¡has deshecho todo el ovillo aprovechando que yo no miraba!

»Eso suma tres travesuras, Kiti, y nadie te ha castigado aún por ninguna. Ya sabes que estoy reservando todos tus castigos para el miércoles próximo. ¡Imagínate si también me los reservasen a mí! —reflexionó Alicia, más para sí misma que para la gatita—. ¿Qué tendrían que hacer conmigo al cabo de un año? Como poco, mandarme a la cárcel. O... veamos... Si cada vez que me castigan me quedo sin cena, cuando por fin llegara el terrible día... ¡tendrían que quitarme cincuenta cenas de golpe! Bueno, pues tampoco sería tan grave. ¡Prefiero eso a tener que comérmelas todas juntas!

»¿Oyes cómo repica la nieve contra el cristal, Kiti? ¡Qué dulce suena, y qué suave! Como si alguien le diera besitos a la ventana desde fuera. Me pregunto si la nieve quiere de verdad a los árboles y los campos para besarlos así. Luego va y los abriga con su manto blanco; tal vez hasta les diga: «Dormid tranquilos, queridos míos, hasta que vuelva el verano». Entonces, en verano se despiertan, se visten de verde y se ponen a bailar al

viento. Ay, Kiti, ¡es tan bonito! —exclamó Alicia, dejando caer el ovillo para aplaudir—. ¡Y qué ganas tengo de verlo! Porque en otoño, cuando las hojas se van poniendo amarillas, parece que al bosque le entrara sueño.

»¿Tú sabes jugar al ajedrez, Kiti? No sonrías, picarona, que te lo pregunto en serio. Hace un rato, cuando jugábamos, mirabas como si entendieras. ¡Si hasta ronroneaste cuando grité: “Jaque”! Y la verdad, Kiti, es que fue un muy buen jaque, y habría podido ganar de no ser por ese horrible Caballero que se coló entre mis piezas. Kiti, preciosa, imagínate que somos...».

Ojalá pudiera contaros la mitad de las cosas que decía Alicia a partir de su frase favorita: «Imagínate que somos». El día anterior había discutido un buen rato con su hermana, y todo porque Alicia le había propuesto: «Imagínate que somos reyes y reinas», y su hermana, que se tomaba muy en serio la precisión, le había contestado que eso no era posible porque sólo eran dos, obligando a Alicia a replicar: «Bueno, tú puedes ser uno y yo seré todos los demás». Y una vez le dio un susto de muerte a la vieja nana al gritarle de pronto al oído: «¡Nana! Imagínate que yo soy una hiena hambrienta y tú eres un hueso».

Pero nos estamos desviando de lo que le dijo Alicia a la gatita negra.

—¡Imagínate que tú eres la Reina Roja, Kiti! Si te sentaras más erguida y con los brazos cruzados, te parecerías muchísimo. ¡Vamos, inténtalo, sé buena chica! —Alicia retiró la Reina Roja de la mesa y la plantó delante de la gatita para que ésta la imitase, pero la cosa no funcionó; sobre todo, según Alicia, porque se negaba a cruzarse de brazos como es debido. Así que, para castigarla, la alzó frente al espejo para que viera lo enfurruñada que estaba—. Y si no te comportas de inmediato —añadió—, irás de cabeza dentro de la Casa del Espejo. ¿Es eso lo que quieres?

»Ahora, Kiti, si dejas de hablar tanto y me prestas un poco de atención, te contaré lo que pienso de la Casa del Espejo. Para empezar, hay una habitación que es igual a este salón, sólo que las cosas están puestas al revés. Subida a una silla puedo verlo todo, salvo el trozo que está detrás de la chimenea. ¡Me encantaría poder ver ese trozo! ¡Me gustaría tanto saber si encienden el fuego en invierno...! Pero no hay cómo saberlo, salvo cuando nuestro fuego empieza a echar humo y en esa habitación se ve humo también. Pero eso podría ser un truco para hacernos creer que han

encendido el fuego. Bueno, y sus libros se parecen bastante a los nuestros, sólo que las letras están al revés. Me di cuenta cuando acerqué un libro al espejo y ellos hicieron lo mismo en la otra habitación.

»¿Te gustaría vivir en la Casa del Espejo, Kiti? No sé si allí te darían leche. Tal vez la leche del Espejo no sea buena. ¡Mira, Kiti! Eso que se ve es el pasillo. Si dejas abierta del todo la puerta de nuestro salón, puedes ver una mínima parte del pasillo de la Casa del Espejo, aunque está claro que más allá debe de ser muy distinto. ¡Ay, Kiti, sería tan bonito poder pasar al otro lado...! Estoy segura de que la Casa del Espejo está llena de cosas hermosas, Kiti. Imagínate que hay un modo de entrar en ella. Imagínate que el espejo se hace blando como una gasa y lo podemos atravesar. ¡Vaya, qué curioso, yo diría que se está convirtiendo en una especie de niebla! Será muy fácil atravesarla... —Esto lo dijo Alicia encaramada a la repisa de la chimenea, aunque no tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí. El caso es que el espejo, efectivamente, como una brillante niebla de plata, estaba empezando a deshacerse.

Un segundo después, Alicia estaba al otro lado y de un saltito llegaba a la Habitación del Espejo. Lo primero que hizo fue ver si ardía un fuego en la chimenea, y comprobó complacida que el de ese lado no sólo era real, sino que llameaba tan vivamente como el que había dejado atrás. «Aquí estaré igual de calentita que en la otra habitación —pensó—, o incluso más, porque nadie vendrá a reñirme para que me aparte de las llamas. ¡Huy, qué divertido será cuando me vean a este lado del espejo y no puedan alcanzarme!».

Entonces se puso a mirar a su alrededor y comprobó que lo que se podía ver desde la anterior habitación era vulgar y corriente, pero que todo lo demás era completamente diferente. Por ejemplo, los cuadros que colgaban de la pared junto a la chimenea parecían estar vivos, y hasta el reloj de la repisa (del que, como sabéis, sólo se podía ver la parte de atrás en el espejo) tenía cara de viejecito y le sonreía.

—Esta habitación no la mantienen tan aseada como la otra —se dijo Alicia al ver varias de las piezas de ajedrez echadas entre las cenizas del hogar; pero enseguida, con un breve «¡Oh!» de sorpresa, se puso a gatas para contemplarlas de cerca: ¡las piezas paseaban por parejas!—.

»Aquí están el Rey Rojo y la Reina Roja —dijo Alicia (en voz muy baja, por temor a asustarlos)—, y allí, sentados en el canto de la pala, están el Rey Blanco y la Reina Blanca. Y aquí van dos Torres del brazo. No creo que puedan oírme —continuó, acercando aún más la cabeza—, y estoy casi segura de que tampoco me ven. Me siento como si fuera invisible.

Entonces, algo crujió en la mesa y Alicia se volvió justo a tiempo de ver rodar y patalear a uno de los Peones Blancos: lo contempló llena de curiosidad por ver lo que ocurriría luego.

—¡Es la voz de mi niña! —chilló la Reina Blanca, que adelantó al Rey con tanto ímpetu que lo derribó sobre las cenizas—. ¡Mi Lily preciosa! ¡Mi gatita imperial! —iba diciendo, mientras trataba de escalar desesperadamente por la pantalla.

—¿Imperial? ¡Un cuerno! —dijo el Rey, frotándose la nariz magullada por la caída. Tenía motivos para estar algo enojado con la Reina, porque iba cubierto de cenizas de la cabeza a los pies.

Alicia quería mostrarse útil a toda costa y, viendo que la pobre Lily berreaba como una posesa, no dudó en alzar a la Reina y depositarla en la mesa junto a su escandalosa hijita.



La Reina tragó saliva y se sentó: el veloz viaje por los aires la había dejado sin aliento y durante un minuto o dos sólo atinó a abrazar a la pequeña Lily en silencio. Tan pronto como recobró la compostura, se dirigió de viva voz al Rey Blanco, que permanecía sentado entre las cenizas con gesto sombrío: —¡Cuidado con el volcán!

—¿Qué volcán? —preguntó el Rey, mirando ansioso hacia el fuego, como si le pareciera el lugar más apropiado para ver uno.

—Me... ha... catapultado —jadeó la Reina, que aún no había recobrado el resuello—. Procura subir... del modo normal: ¡no dejes que te catapulte a ti también!

Alicia observó al Rey Blanco mientras escalaba penosamente los barrotes de uno en uno, hasta que dijo:

—Caramba, a ese paso tardarás horas en llegar a la mesa. ¿No prefieres que te ayude? —Pero el Rey no se dio por aludido: era evidente que ni la oía ni la veía.

De modo que Alicia lo agarró con mucha delicadeza y lo alzó pausadamente para no cortarle el aliento como a la Reina; y cuando estaba a punto de dejarlo en la mesa, pensó que debía también sacudirlo un poco para quitarle las cenizas que lo cubrían.

Más tarde diría que nunca en su vida había visto una cara como la que puso el Rey cuando se vio por los aires, sujeto por una mano invisible que lo desempolvaba. Estaba demasiado asombrado para gritar, pero sus ojos y su boca se fueron haciendo más y más grandes y más y más redondos hasta que a Alicia le dio tal ataque de risa que casi lo deja caer.

—¡Ay, no, por favor, no pongas esas caras, amiguito! —le rogó, olvidándose de que el Rey no la oía—. ¡Me haces reír tanto que no voy a poder sujetarte! ¡Y cierra esa bocota, que se te va a llenar de ceniza! Bueno, ya está, has quedado mucho mejor —añadió, mientras le alisaba el pelo y lo depositaba en la mesa cerca de la Reina.

Súbitamente, el Rey se cayó de espaldas y se quedó inmóvil; y Alicia, que no las tenía todas consigo, recorrió la habitación en busca de agua para reanimarlo. Sin embargo, lo único que encontró fue un frasco de tinta; y cuando regresó con él, el Rey ya se había recuperado y cuchicheaba con la Reina en voz tan baja y temblorosa que Alicia apenas podía oírles.

—¡Te aseguro, querida, que se me helaron hasta las patillas! —decía el Rey.

Y la Reina le replicaba:

—¡Pero si tú no tienes patillas!

—¡El horror de ese instante —continuó el Rey— es algo que jamás jamás olvidaré!

—Pues claro que lo olvidarás —dijo la Reina—, siempre y cuando no escribas un memorando.

Alicia observó con gran interés cómo el Rey sacaba del bolsillo un enorme libro de memorandos y se ponía a escribir. Entonces, dejándose llevar por un impulso, tomó entre sus dedos el extremo del lápiz, que sobresalía por encima de su hombro, y empezó a escribir por él.



El pobre Rey parecía tan atónito como contrariado; estuvo luchando un rato con el lápiz sin decir nada, pero Alicia era demasiado fuerte para él. Por fin exclamó, exhausto:

—¡Será posible! Está visto que necesito un lápiz más delgado. Éste me resulta imposible de dominar: escribe por su cuenta toda clase de cosas.

—¿Qué clase de cosas? —dijo la Reina, asomándose al libro (en el que Alicia había anotado: «El Caballo Blanco se desliza por el atizador. Su equilibrio es inestable».)—. ¡Eso no es un memorando de tus sentimientos!

Alicia se había sentado y, sin quitarle ojo al Rey Blanco (porque seguía un poco preocupada por él y aún tenía el frasco de tinta por si se desmayaba otra vez y tenía que echárselo encima), empezó a pasar las páginas del libro que había a su lado en la mesa, tratando de encontrar algún pasaje que pudiera leer, «porque está todo en un idioma que no sé», se dijo.

Era algo así:

IUQOLREIBAJ

*ognod lignáf le odnauc, edratirF
,apalrop al ne azruh y alcigeR
soboborog sol nav eslbedniM
.alahca etnarrogip le Y*

Estuvo dándole vueltas y vueltas hasta que al fin se le hizo la luz: «¡Pues claro! ¡Lo que pasa es que es un libro Espejo! Y si lo pongo delante de uno, las palabras volverán a enderezarse».

Éste es el poema que leyó Alicia:

JABIERLOQUI

*Fritarde, cuando el fángil dongo
Regicla y hurza en la porlapa,
Mindebles van los gorobobos
Y el pigorrante achala.*

*«¡Vigila, m'hijo, al Jabierloqui!
¡Que no te muerda con sus zarpas!
¡Evita al pájaro Yoyobi
Y al furbio Baitezampa!».*

*Él empuñó su espada albosa
Y en busca fue del vilnemigo;
Al pie de un Árbongo reposa
Y aguarda pensativo.*

*Estando en frondos pensamientos,
El Jabierloqui dejó el bosco
Con malhodor, echando averno
Y espurnas por los ojos.*

*¡Uno y dos! ¡Uno y dos! ¡Y tris tros!
La albosa espada entraba, entraba.
Lo remató y cabalganó
Con la cabeza a casa.*

*«¿Has muerto al Jabierloqui, m'hijo?
¡Ven a mis brazos, muchachombre!
¡Feliciloor! ¡Albricia, albricio!»,
Exclamoteó de goce.*

*Fritarde, cuando el fángil dongo
Regicla y hurza en la porlapa,
Mindebles van los gorobobos
Y el pigorrante achala.*

—Suená bonito —dijo cuando terminó de leerlo—, ¡pero es bastante difícil de entender! —Como se ve, no estaba dispuesta a reconocer, ni siquiera a sí misma, que no había entendido ni jota—. Es como si me llenara la cabeza de ideas, ¡sólo que no sé qué ideas son! Ahora bien, que alguien mató algo, de eso no hay duda.

De repente, pegó un respingo:

—¡Huy! Si no me doy prisa, tendré que regresar a través del Espejo sin haber visto cómo es el resto de la casa. Echemos primero un vistazo al jardín.

Un instante después ya había dejado la habitación y corría escaleras abajo. Aunque eso no fuera exactamente correr, se dijo, sino una nueva manera, muy rápida y sencilla, de bajar las escaleras. Con las yemas de los dedos apenas apoyadas en el pasamanos, flotó hacia abajo sin tocar siquiera los peldaños con los pies, luego atravesó flotando el vestíbulo; y así habría salido directamente por la puerta si no llega a aferrarse al marco. Y, como

empezaba a sentirse un poco mareada de tanto flotar, se alegró al ver que volvía a caminar con normalidad.

Capítulo II

El jardín de las flores vivas

—**V**eré mucho mejor el jardín —se dijo Alicia— desde la cima de aquella colina: y aquí hay un sendero que lleva directamente. O quizás —después de varias vueltas y revueltas— no suba tan directo... Aunque supongo que finalmente llegará. ¡Pero qué manera de curvarse! ¡Si parece un sacacorchos más que un sendero! Veamos, yo diría que esta curva conduce a la colina... ¡Pues no! ¡Me lleva otra vez a la casa! Bueno, pues lo intentaré por el otro lado.

Y eso hizo: vagar arriba y abajo, dando vueltas y vueltas, para acabar, hiciera lo que hiciera, regresando siempre a la casa. Una vez, incluso, al doblar más rápido de lo habitual, no pudo frenar y en vez de tomar la curva se la llevó por delante.

—Por mucho que hablemos —dijo Alicia, mirando hacia la casa como si estuviera discutiendo con ella—, todavía no pienso regresar. Ya sé que debería pasar a través del Espejo y volver a la vieja sala... ¡y allí se acabarían todas mis aventuras!

De modo que, muy resuelta, le dio la espalda a la casa y se adentró una vez más en el sendero, decidida a no apartarse de él hasta llegar a la colina. Durante algunos minutos todo fue de perlas, y justo cuando decía «Esta vez sí que lo conseguiré», el sendero dio un giro repentino y una sacudida (como afirmaría ella luego), y un instante después se encontró de nuevo encaminándose hacia la puerta.

—¡Ay, qué rabia! —gritó—. ¡Nunca había visto una casa tan entrometida! ¡Nunca!

Sin embargo, la colina seguía allí, ante sus ojos, así que no quedaba otro remedio que reemprender el camino. Esta vez llegó hasta un gran lecho de flores bordeado de margaritas con un enorme acebo en el centro.

—Oh, Lirio Atigrado —dijo Alicia, dirigiéndose a uno que se mecía al viento con garbo—, ¡ojalá pudieras hablar!

—El hecho es que sí podemos —dijo el Lirio Atigrado—, siempre que haya alguien con quien valga la pena hacerlo.

Alicia estaba tan maravillada que se quedó sin habla por un instante: la sorpresa le había quitado el aliento. Hasta que al fin, y en vista de que el Lirio Atigrado seguía meciéndose muy tranquilo, se atrevió a decir con un hilo de voz, casi en un susurro:

—¿Y pueden hacerlo todas las flores?

—Lo mismo que tú —dijo el Lirio Atigrado—. Y bastante más alto.

—No es de buena educación que empecemos nosotras, ¿sabes? —dijo la Rosa—, ¡así que me preguntaba a qué esperabas para hablarnos! Me he dicho: «Su cara parece tener algo de sentido, ¡aunque no es de las más listas!». En cambio, de colorido no estás mal, y eso siempre ayuda.

—A mí el color me da igual —señaló el Lirio Atigrado—, pero estaría mejor con unos pétalos un pelín más rizados.

A Alicia no le gustaba nada que la criticasen y se puso a hacer preguntas:

—¿No os da miedo estar plantadas aquí fuera, sin nadie que os cuide?

—Para eso está el acebo en el centro —dijo la Rosa—. ¿Para qué si no?

—Pero ¿qué es lo que puede hacer en caso de peligro?

—Asustar —dijo la Rosa.

—Hace: «¡Bo!» —gritó una Margarita—. ¡Por eso se llama así!

—¿O acaso no lo sabías? —gritó otra, y al momento se pusieron a chillar todas juntas hasta que el aire se colmó de estridentes vocecillas.

—¡A callar todas! —rugió el Lirio Atigrado, meciéndose apasionadamente de lado a lado y temblando de excitación—. ¡Saben que no puedo alcanzarlas! —resopló con la cabeza inclinada hacia Alicia—; de lo contrario, no se atreverían.

—¡No te preocupes! —le dijo Alicia en tono tranquilizador, y, agachándose junto a las margaritas, que volvían a la carga, les susurró—: ¡Si no cerráis la boca, os arranco!

El silencio fue instantáneo, y varias margaritas rosáceas emblanquecieron.

—¡Así me gusta! —dijo el Lirio Atigrado—. Las margaritas son las peores. Cuando una empieza, todas quieren imitarla; y oírlas a todas juntas es algo que marchita a cualquiera.

—¿Cómo es que podéis hablar tan bien? —preguntó Alicia, tratando de apaciguarlo con un halago—. He estado en muchos jardines, pero en ninguno donde las flores hablasen.

—Pon tu mano en el suelo —dijo el Lirio Atigrado—; toca y lo entenderás.

Alicia así lo hizo.

—Es muy duro —dijo—, pero no entiendo cuál es la relación.

—En la mayoría de los jardines —explicó el Lirio Atigrado—, el lecho es muy blando y las flores están siempre durmiendo.

La explicación parecía bastante razonable y Alicia se alegró de estar al tanto.

—¡Nunca había pensado en ello!

—El problema, en mi opinión, es que tú nunca piensas en nada —dijo la Rosa en un tono más bien seco.

—Jamás vi a nadie con semejante aspecto de idiota —dijo una Violeta, tan inesperadamente que Alicia casi pega un salto al oírla hablar por primera vez.

—¡Tú a callar! —gritó el Lirio Atigrado—. ¡Como si tú alguna vez vieras a alguien! ¡Escondes la cabeza entre tus hojas, te dedicas a roncar y no sabes nada del mundo, lo mismo que un capullo!

—¿Hay más personas en este jardín aparte de mí? —dijo Alicia, sin hacer caso del último comentario de la Rosa.

—En el jardín hay otra flor que puede desplazarse como tú —dijo la Rosa—. Me pregunto cómo lo hacéis. —«Tú siempre te lo preguntas todo», dijo el Lirio Atigrado—. Pero es más arbustiva que tú.

—¿Es como yo? —preguntó Alicia entusiasmada, pues por un momento pensó: «¡En algún lugar del jardín hay otra niña!».

—Bueno, tiene la misma forma desgarbada que tú —dijo la Rosa—, pero es más rojiza... Y yo diría que sus pétalos son más cortos.

—Tiene los pétalos mejor arreglados y parejos, como los de una dalia —interrumpió el Lirio Atigrado—, no como tú, que los llevas de cualquier

modo.

—Pero eso no es culpa tuya —añadió la Rosa, condescendiente—; ya estás empezando a marchitarte, ¿sabes?, y se entiende que lleves los pétalos un poco desordenados.

Esta idea no agradó en absoluto a Alicia, que decidió cambiar de tema:

—¿Y suele acercarse por aquí?

—Yo diría que la verás muy pronto —dijo la Rosa—. Es del tipo espinoso.

—¿Y dónde tiene las espinas? —se interesó Alicia.

—¡Vaya! Pues alrededor de la cabeza, naturalmente —respondió la Rosa—. Me preguntaba si tú no tendrías también alguna. Yo creía que era lo habitual.

—¡Aquí viene! —repiqueteó la Campanilla—. ¡Oigo sus pisadas, tum, tum, sobre el sendero de grava!

Alicia miró ilusionada a su alrededor y descubrió que se trataba de la Reina Roja. «¡Cómo ha crecido!», fue su primer pensamiento. Y vaya si lo había hecho: cuando Alicia la encontró entre las cenizas no medía más de siete centímetros... ¡y de pronto era media cabeza más alta que la propia Alicia!

—Es por efecto del aire puro —le dijo la Rosa—: el de aquí fuera es de la mejor calidad.

—Creo que iré a verla —dijo Alicia; pues, aunque las flores eran ciertamente interesantes, tenía la sensación de que hablar con una Reina de verdad lo sería todavía más.

—Ni lo intentes —le advirtió la Rosa—. Yo de ti iría en dirección contraria.

Como no le pareció que eso tuviera sentido, Alicia optó por callar y se dirigió hacia la Reina Roja. Para su asombro, enseguida la perdió de vista y se encontró enfilando de nuevo la puerta de entrada.

Algo mosqueada, desanduvo lo andado y, tras mirar por todas partes en busca de la Reina (a la que finalmente divisó bastante lejos), decidió averiguar qué pasaba si tomaba la dirección contraria.

Le fue de maravilla. No había andado ni un minuto y ya estaba frente a la Reina Roja y, además, al pie de la colina que se le había resistido tanto.

—¿De dónde sales tú? —dijo la Reina Roja—. ¿Y adónde vas? Alza la vista, habla con propiedad y deja de jugar con los dedos.

Alicia obedeció sus instrucciones e intentó explicarle lo mejor que pudo que no encontraba su camino.

—No sé qué quieres decir con tu camino —dijo la Reina—. Aquí todos los caminos son sólo míos. ¿Y qué es lo que te ha traído por aquí? —continuó en un tono más amable—. Haz la reverencia mientras piensas la respuesta. Ganarás tiempo.

Alicia se preguntó si sería verdad, pero no estaba en situación de dudar de la Reina. «Haré la prueba cuando vuelva a casa —pensó—, la próxima vez que me presente tarde a la mesa».

—Ya es hora de que contestes —dijo la Reina, mirando su reloj—. Abre la boca un poco más al hablar y di siempre «Su Majestad».

—Yo sólo quería ver el jardín, Su Majestad...

—Así me gusta —dijo la Reina, y le palmeó la cabeza, cosa que desagradó mucho a Alicia—. Sin embargo, ahora que dices «jardín», comparado con los que yo he visto, este es una verdadera selva.

Alicia no se atrevió a discutirlo y continuó:

—... y también me habría apetecido subir a aquella colina.

—Ya que hablamos de «colinas» —interrumpió la Reina—, al lado de las que yo conozco, ésta no llega ni a valle.

—Eso sí que no —dijo Alicia, sorprendida por contradecir a la Reina—: una colina no puede ser un valle. Eso sería un disparate.

La Reina Roja sacudió la cabeza.

—Llámalo «disparate» si quieres —repuso—. ¡Comparado con los que yo he escuchado, éste es tan sensato como un diccionario!

Alicia volvió a hacer la reverencia, pues dedujo por el tono de la Reina que quizás estuviera un pelín ofendida, y ambas continuaron caminando en silencio hasta llegar a la cima de la pequeña colina.

Durante unos minutos, Alicia permaneció callada, observando la campiña en todas direcciones. Y con motivo, pues era de lo más particular. Estaba toda surcada por pequeños arroyuelos que la atravesaban de parte a parte, y de uno a otro se extendían unos setos que dividían el terreno en una cuadrícula.

—¡Es como un tablero de ajedrez gigante! —dijo Alicia finalmente—. Debería haber algunos hombres moviéndose por allí... ¡Y los hay! —añadió encantada; y su corazón empezó a batir al ritmo creciente de su entusiasmo—. El mundo entero es una gran partida de ajedrez... si es que esto es el mundo, vaya. ¡Oh, qué divertido! ¡Me encantaría ser uno de ellos! Me daría igual ser un Peón, con tal de participar. Aunque, por supuesto, me gustaría más ser una Reina.

Al decir esto miró disimuladamente a la Reina, pero su acompañante se limitó a sonreír complacida y dijo:

—Eso se arregla en un periquete. Puedes ser el Peón de la Reina Blanca, si quieres, ya que Lily es demasiado pequeña para jugar. Así ya empiezas desde la Segunda Casilla. Y al llegar a la Octava, podrás ser Reina.

Sea como fuere, en ese preciso instante echaron a correr.

Alicia nunca se explicaba, cuando lo recordaba posteriormente, cómo había empezado todo: tan sólo que corrían de la mano y que la Reina iba tan deprisa que ella apenas podía seguirle el paso, y sin embargo la oía gritarle: «¡Más rápido! ¡Más rápido!»; pero aunque Alicia sentía que no podía correr más rápido, tampoco podía decirlo porque estaba sin aliento.

Lo más curioso de todo era que los árboles y los demás objetos que había alrededor no se movían en absoluto y, cuanto más deprisa corrían, menos cosas dejaban atrás. «¿Será que las cosas se mueven con nosotras?», se preguntó la pobre y desorientada Alicia. Pero la Reina pareció adivinarle el pensamiento, porque volvió a gritar:

—¡Más rápido! ¡No intentes hablar!

No es que Alicia tuviera mucha intención de hacerlo. Creía que ya no podría volver a hablar nunca más de tanto como le faltaba el aliento, pero la Reina seguía gritando «¡Más rápido! ¡Más rápido!» sin dejar de tirar de ella.

—¿Estamos ya casi? —balbuceó por fin Alicia.

—¡Ya casi! —repitió la Reina—. ¡Caramba, si lo hemos pasado hace diez minutos! ¡Más rápido!

Durante un tiempo corrieron en silencio, con el viento silbándole a Alicia en los oídos y amenazando, o al menos eso temía ella, con dejarla sin cabellos.

—¡Vamos, vamos! —chillaba la Reina—. ¡Más rápido! ¡Más rápido!

Y tan rápido iban que acabaron surcando el aire sin apenas rozar el suelo con los pies; hasta que de pronto, justo cuando Alicia bordeaba la extenuación, se detuvieron y ella se encontró sentada, mareada y sin gota de aire en los pulmones.

La Reina la apoyó en un árbol y le dijo, muy cordial:

—Ya puedes descansar un poco.

Alicia no lograba salir de su asombro.

—¡Pero, cómo! Estoy segura de que no nos hemos alejado de este árbol ni un segundo. ¡Todo está igual que antes!

—Por supuesto —dijo la Reina—, ¿qué esperabas?

—Bueno, en nuestro país —dijo Alicia, aún resoplando—, cuando corres tanto y tan rápido como nosotras... acabas llegando a otro sitio.

—¡Qué lentitud de país! —dijo la Reina—. En cambio, aquí has de correr tanto como puedas para permanecer donde estás. ¡Y dos veces más rápido si quieres ir a otro sitio!

—¡Oh, no, por favor! Preferiría no intentarlo —dijo Alicia—. Aquí estoy de maravilla. ¡Eso sí, muy acalorada y sedienta!

—¡Ya sé qué es lo que tú quieres! —dijo la Reina de muy buen ánimo mientras sacaba una cajita del bolsillo—. ¿Una galleta?

Alicia pensó que un «no» podía considerarse de mala educación, aunque no era eso lo que quería. De modo que la aceptó y se la comió lo mejor que pudo; pero era una galleta muy seca, y sintió que nunca en su vida había estado tan cerca de ahogarse.

—Mientras tú te refrescas —le dijo la Reina—, yo me ocuparé de tomar algunas medidas. —Dicho lo cual, extrajo del bolsillo una cinta de medir en centímetros y se puso a calibrar el terreno, marcándolo aquí y allá con unas estaquillas.

—Cuando lleve dos metros —dijo, marcando la distancia con una estaquilla—, te daré tus directrices. ¿Otra galletita?

—No, gracias —dijo Alicia—. Una es más que suficiente.

—¿Calmada la sed, entonces? —preguntó la Reina.

Alicia dudó de cómo debía responder, pero por suerte la Reina tampoco esperaba una respuesta, pues siguió diciendo:

—Al cabo de tres metros, las repetiré, no vaya a ser que las olvides. Al cabo de cuatro metros, te diré adiós. Y al cabo de cinco, ¡me habré ido!

Para entonces ya había usado todas las estaquillas, y Alicia la siguió con gran interés mientras regresaba al árbol y luego emprendía lentamente el camino hilera abajo.

Al llegar a la estaquilla de los dos metros, se dio la vuelta y dijo:

—El Peón puede avanzar dos casillas en su primer movimiento. De manera que llegarás muy rápidamente a la Tercera Casilla. En tren, si no me equivoco. Y enseguida estarás en la Cuarta Casilla. Bueno, esa casilla pertenece a Toledín y Toledón. La Quinta es más que nada agua. La Sexta pertenece a Humpe Dante... Pero ¿no piensas hacer ningún comentario?

—Yo... no sabía que tenía que hacer uno... precisamente ahí —farfulló Alicia.

—Pues deberías haber dicho —prosiguió la Reina en un tono serio y grave— algo así como: «¡Ha sido tan sumamente amable de su parte decirme todo esto!». En fin, démoslo por dicho. La Séptima Casilla es puro bosque: de todos modos, uno de los Caballeros te indicará el camino. ¡Y en la Octava Casilla seremos Reinas juntas y no habrá más que festejos y risas! —Alicia se puso en pie, hizo una reverencia y volvió a sentarse.

En la siguiente estaquilla, la Reina se dio la vuelta nuevamente y dijo:

—Habla en francés cuando no se te ocurra nada que decir, junta los talones al andar, ¡y recuerda quién eres! —Sin esperar a que Alicia hiciera la reverencia, la Reina caminó deprisa hasta la siguiente estaquilla (donde se volvió un momento para decir adiós) y aún más deprisa hasta la última.

Cómo lo hizo es algo que Alicia nunca llegó a saber, pero el caso es que a la altura de la última estaquilla, la Reina desapareció. No había modo de saber si se había esfumado en el aire o había corrido deprisa hasta el bosque («y vaya si era rápida corriendo», pensó Alicia). El caso es que ya no estaba allí, y Alicia empezó a recordar que era un Peón y que pronto le tocaría moverse.

Capítulo III

Los insectos del espejo

Lo primero que tenía que hacer Alicia era, por supuesto, estudiar a fondo el país que estaba a punto de atravesar. «Esto es muy parecido a aprender geografía —pensó Alicia, que se había puesto de puntillas para tratar de ver un poquitín más lejos—. Ríos principales... No hay ninguno. Montañas principales... Estoy encima de la única, aunque no creo que tenga nombre. Ciudades principales... Pero ¿qué bichos son esos de ahí abajo que están haciendo miel? Abejas no pueden ser, porque nadie ha visto jamás una abeja a un kilómetro de distancia...».

Alicia permaneció en silencio siguiendo durante unos minutos la actividad de uno de ellos, que trajinaba entre las flores con su probóscide. «Igual igual que una abeja común», pensó Alicia.

Sin embargo, aquello era cualquier cosa menos una abeja común: en realidad era un elefante, como Alicia no tardó en comprobar, aunque al principio la idea la dejó bastante perpleja.

—¡Y qué inmensas que deben de ser las flores! —Fue su siguiente idea—. Como cabañas sin tejado, pero con tallo. ¡Y la de miel que darán! Yo creo que voy a bajar y... mmm... No, aún no —continuó, mientras examinaba su aspecto y echaba a correr colina abajo; necesitaba una excusa que justificase su repentina timidez—. No debería acercarme a ellos sin una buena rama con que espantarlos... ¡Ay, qué divertido será cuando me pregunten si me ha gustado el paseo! Les diré: «Pues sí, me ha gustado bastante...». —Aquí ladeó ligeramente la cabeza, que era su gesto favorito—. «... ¡Lástima el calor y el polvo, y las tonterías de los elefantes!».

—Me parece que iré hacia el otro lado —dijo tras una pausa—, y a los elefantes quizás los vea luego. Además, ¡tengo tantas ganas de llegar a la Tercera Casilla...!

Y con esta excusa corrió colina abajo y cruzó de un salto el primero de los seis arroyuelos.

* * * * *
* * * * *
* * * * *

—¡Billetes, por favor! —dijo el Revisor, asomando la cabeza por la ventana.

Inmediatamente todos los pasajeros exhibieron su billete: abarrotaban el vagón y su tamaño era similar al humano.

—¡A ver, niña! ¡Enséñame tu billete! —urgió ceñudo el Revisor, dirigiéndose a Alicia. Y numerosas voces corearon al unísono («como el estribillo de una canción», pensó Alicia)—: ¡Niña, no le hagas esperar! ¡No ves que su tiempo vale mil libras el minuto!

—Lo siento, no tengo billete —dijo Alicia, temerosa—. En el lugar de donde vengo no había taquilla.

De nuevo el coro de voces arrancó:

—No había sitio donde ponerla. ¡Allí la tierra vale mil libras el centímetro!

—Menos excusas —dijo el Revisor—: debiste comprarle un billete al conductor de la locomotora.

Y otra vez el coro insistió:

—El hombre de la locomotora. ¡Si sólo el humo vale a mil la bocanada!

Alicia pensó: «Hablar no tiene sentido». Las voces, igual que ella, también callaron, pero, para gran sorpresa suya, pensaron en coro (espero que sepáis qué quiere decir *pensar en coro*, porque confieso que yo no tengo ni idea): «Mejor no decir nada y punto. ¡Porque el lenguaje vale mil libras la palabra!».

—¡Seguro que esta noche sueño con mil libras! —se dijo Alicia.

Durante todo ese rato, el Revisor la había estado observando; primero, a través de un telescopio; luego, de un microscopio; y después, de unos gemelos de ópera. Finalmente, le dijo:

—Estás viajando en la dirección opuesta.

Y cerró la ventanilla y se fue.

—Una criatura tan joven —dijo el caballero que estaba sentado justo frente a ella (todo cubierto de papel blanco)— ¡debería saber en qué dirección va, aunque no sepa ni cómo se llama!

Un Chivo sentado al lado del caballero empapelado de blanco cerró los ojos y dijo en voz alta:

—¡Debería saber dónde está la taquilla, aunque no sepa ni el alfabeto!

Junto al Chivo había un Escarabajo (¡menuda colección de pasajeros!) que, obedeciendo la aparente regla de hablar por turnos, dijo a su vez:

—¡Tendrá que volver desde aquí como equipaje!

Aunque no llegaba a ver quién se sentaba más allá del Escarabajo, Alicia oyó que una voz hiposa empezaba a decir:

—Cambien máquinas... —Pero un ataque de hipo le impedía continuar y tenía que retirarse.

«Ha sonado como un caballo», pensó Alicia. Entonces, una voz pequeñísima pegada a su oído le dijo:

—Podrías hacer un chiste con eso... Ya sabes, con el hipo y la hípica...

En eso intervino otra voz, amable y lejana:

—Habría que ponerle una de esas etiquetas: «Paquete-Pequeña-Frágil».

Luego otras voces («¡Pero cuánta gente hay en este vagón!», pensó Alicia) añadieron: «Con esa cabeza de poste, que vaya por correo postal», «Que la manden por telégrafo», «Que tire del tren hasta que lleguemos» y cosas así.

Pero el caballero empapelado de blanco se inclinó y le susurró al oído:

—Ni caso, querida, pero compra un billete de regreso en cada parada.

—¡De eso ni hablar! —repuso Alicia con impaciencia—. No sé qué hago yo viajando en este tren. Hace un momento estaba en un bosque y ahora... ¡qué no daría por volver allí!

—Aquí podrías hacer otro chiste más —le dijo la vocecilla pegada a su oreja—. Ya sabes: «qué dar por no quedar», o algo así.

—Bueno, ya está bien —dijo Alicia mientras buscaba en vano al dueño de la voz—; si tanto te gustan los chistes, ¿por qué no los haces tú?

La vocecilla lanzó un suspiro profundo: era muy desgraciada, eso era evidente. Alicia no habría dudado en reconfortarla. «... ¡Si al menos suspirara como las personas!», pensó. Pero aquel suspiro había sido tan

increíblemente pequeño que jamás lo habría oído si no hubiera sonado tan tan cerca de su oreja. Tanto que le produjo un considerable cosquilleo y casi se olvida por completo de la desgracia de la pobre criaturita.

—Sé que eres una amiga —continuó la vocecilla—, una querida y vieja amiga. Y por eso no me harás daño a pesar de que soy un insecto.

—¿Qué clase de insecto? —preguntó Alicia, un poquitín ansiosa. En realidad, lo que quería saber era si picaba o no, pero pensó que la pregunta podía resultar inapropiada.

—Pero entonces, a ti no... —empezó a decir la vocecilla, cuando el chillido agudo de la locomotora la apagó y todos pegaron un salto alarmados, incluida Alicia.

El Caballero, que había sacado la cabeza por la ventanilla, volvió a meterla con parsimonia y dijo:

—No es nada, sólo vamos a saltar un arroyuelo.

Todos parecieron sosegar con la noticia, menos Alicia, a la que le inquietaba un poco la idea de un tren saltarín. «Aunque nos llevará a la Cuarta Casilla, ¡y eso es un alivio!», se dijo. Un instante después, sintió que el coche se empinaba para elevarse en el aire y, aterrada, se agarró a lo primero que tuvo a mano, que resultó ser la barba del Chivo.

* * * * *
* * * * *
* * * * *

Entonces le pareció que la barba se le deshacía entre las manos y se encontró sentada debajo de un árbol, mientras el Mosquito (porque ese era el insecto con el que había conversado) se columpiaba en una rama justo encima de su cabeza y la abanicaba con sus alas.

Lo cierto es que se trataba de un Mosquito realmente grande, «más o menos como una gallina», pensó Alicia. Sin embargo, después de estar hablando tanto rato juntos no le causaba aprensión.

—¿Entonces... a ti no todos los insectos te gustan? —continuó impertérrito el Mosquito, como si no hubiera pasado nada.

—Me gustan los que pueden hablar —dijo Alicia—. En el lugar de donde vengo, ninguno lo hace.

—¿De qué insectos disfrutas pues en el lugar de donde vienes? —se interesó el Mosquito.

—No creo que disfrute precisamente de ninguno —explicó Alicia—, porque les tengo algo de miedo... Al menos a los más grandes. Pero puedo decirte los nombres de algunos.

—Y ellos, desde luego, responden a sus nombres —dijo por hecho el Mosquito.

—No sabía que hicieran eso.

—¿Y de qué les sirve tener nombres —dijo el Mosquito—, si no se dan por aludidos?

—No les sirve a ellos —dijo Alicia—, sino a la gente que se los pone, supongo. Si no, ¿por qué tienen nombres las cosas?

—No sabría decirlo —dijo el Mosquito—. Allí en el bosque no tienen. Pero sigue con tu lista de insectos.

—A ver: está la Mosca Borriquera del Caballo —empezó a descontar Alicia con los dedos.

—Pues verás —dijo el Mosquito—, en mitad de aquel arbusto, si te fijas bien, hay una Mosca del Caballito de Madera. Toda ella es de palo y va meciéndose de rama en rama.

—¿Y de qué vive? —preguntó Alicia, llena de curiosidad.

—De savia y serrín —dijo el Mosquito—. Vamos, sigue con la lista.

Alicia estuvo observando la Mosca del Caballito de Madera con mucho interés y decidió que seguramente acababan de repintarla, de tan brillante y pegajosa que se la veía; luego siguió con el recuento.

—Y está la Mosca de la Fruta.

—Mira en esa rama sobre tu cabeza —indicó el Mosquito— y verás una Mosca de la Fruta Flambeada. Tiene el cuerpo de budín de ciruela, las alas son hojas de acebo y su cabeza es una pasa en llamas bañada en brandy.

—¿Y de qué vive? —volvió a interesarse Alicia.

—De mazapán y pastel de carne —repuso el Mosquito—, y anida en una cesta de Navidad.

—Y tenemos también la Mosca Tostada —prosiguió Alicia, después de haber estado mirando con detenimiento el insecto de la cabeza llameante y pensar para sí: «Me pregunto si es por eso por lo que a los insectos les

encanta revolotear alrededor de las velas..., ¡se mueren por convertirse en moscas de la fruta flambeada!».

—Pues reptando a tus pies —dijo el Mosquito (y Alicia dio un paso atrás alarmada)—, tienes una Mosca Tostada con Mantequilla. Sus alas son delgadas rodajas de pan untado, su cuerpo es de corteza de pan y tiene un terrón de azúcar por cabeza.

—¿Y ésta de qué vive?

—De té flojo con una gota de crema.

Una nueva duda asaltó a Alicia:

—¿Y si no encuentra nada de eso? —aventuró.

—Se muere, por supuesto.

—Pero esto ha de pasarle muy a menudo —observó pensativa Alicia.

—A menudo, no: siempre —dijo el Mosquito.

Aquello sumió en silencio a Alicia durante uno o dos minutos. El Mosquito, entretanto, se divertía zumbándole alrededor de la cabeza. Por fin se posó y dijo:

—Supongo que no quieres perder tu nombre, ¿verdad?

—¿Yo? De ningún modo —repuso Alicia, algo inquieta.

—Y, sin embargo, no sé, no sé... —siguió diciendo el Mosquito como si tal cosa—. Piensa en las ventajas de volver a casa sin el nombre. Por ejemplo, cuando la niñera quiera que vayas a estudiar la lección, dirá «Ven aquí, ...», y entonces se callará, porque no podrá llamarte por ningún nombre; y así tú no te verás obligada a acudir, desde luego.

—No creo que sirva de nada —dijo Alicia—. La niñera nunca me perdonaría la lección por una cosa así. Si no recordase mi nombre, me llamaría «¡Señorita!», como hacen los sirvientes.

—Puede ser, pero piensa que si dijera «¡Señorita!» a secas —argumentó el Mosquito—, podrías saltarte la clase si no te hubieras secado. Es un chiste. Ojalá se te hubiera ocurrido a ti.

—¿Y por qué quieres que se me ocurra a mí? —preguntó Alicia—. Es un chiste muy malo.

Pero el Mosquito sólo atinó a suspirar muy hondo mientras dos pesadas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—No deberías hacer chistes —dijo Alicia—, si eso te hace sentir tan infeliz.

El Mosquito volvió a suspirar minúscula y melancólicamente, aunque esta vez pareció como si se hubiera deshecho en suspiros, porque, cuando Alicia levantó la vista, allí en la ramita no había nadie; y como ya empezaba a sentir frío por estar tanto rato sentada, se puso en pie y siguió su camino.

No tardó en llegar a un campo abierto que lindaba al fondo con un bosque. Éste tenía un aspecto mucho más oscuro que el anterior y a Alicia le dio un pelín de reparo adentrarse en él. Sin embargo, tras pensarlo dos veces, se decidió a avanzar, «porque lo que no haré es retroceder», se dijo; y además, aquél era el único camino a la Octava Casilla.

Éste —reflexionó— debe de ser el bosque donde las cosas no tienen nombre; me pregunto qué ocurrirá con el mío si lo atravieso. No me apetece nada perderlo... porque tendrían que ponerme otro y seguro que sería un nombre horrible. ¡Aunque sería divertido encontrarse con la criatura que llevase el mío de antes!

»Es como los carteles esos de la gente que pierde a su perro... “Responde al nombre de *Rayo*, llevaba collar de metal”. ¡Imagínate, ir por ahí llamando *Alicia* a todo lo que te sale al paso hasta que van y te responden! Claro que, si fueran listos, no responderían». Así se entretuvo hasta que llegó al linde del bosque: parecía húmedo y sombrío.

—Bueno, de todos modos, siempre es un alivio —iba diciendo mientras se adentraba bajo la arboleda— poder entrar, después de pasar tanto calor, en un..., en un..., en un ¿qué? —continuó, algo sorprendida por no lograr dar con la palabra—. Me refiero a refugiarme bajo un..., bajo un..., ¡bajo esto, vamos! —Y puso su mano sobre el tronco de un árbol—. ¿Cómo se llamará? Casi diría que no tiene nombre... ¡Vaya, estoy segura de que no lo tiene!

Permaneció en silencio, pensativa, durante un minuto; pero de pronto volvió a la carga:

—¡O sea, que finalmente ha ocurrido! Y ahora, ¿quién soy yo? ¡Me acordaré... si lo consigo! ¡Estoy empeñada en conseguirlo! —Pero estar empeñada no le fue de gran ayuda y todo cuanto pudo decir, después de exprimirse el seso, fue:

—¡*L*, lo único que sé es que empieza por *L*!

En ese preciso instante se topó con un Cervatillo que deambulaba por allí y que miró a Alicia con unos ojos enormes, aunque no parecía estar asustado.

—¡Ven, ven aquí! —dijo Alicia, extendiendo la mano para tratar de acariciarlo; pero el Cervatillo dio un paso atrás y volvió a clavarle la vista.

—¿Cómo te llamas? —dijo al fin el Cervatillo. (¡Qué voz tan suave tenía!).

«¡Ojalá lo supiera!», pensó la pobre Alicia. En cambio, repuso con tristeza:

—Ahora mismo, nada.

—Piénsalo otra vez —insistió—, esa respuesta no vale.

Alicia volvió a estrujarse el cerebro, pero sin el menor resultado.

—Por favor, ¿te importaría decirme cómo te llamas tú? —dijo con timidez—. Tal vez eso me ayude.

—Te lo diré si avanzamos un poco —dijo el Cervatillo—. Aquí no puedo recordarlo.

Alicia se abrazó tiernamente al suave cuello del Cervatillo y así avanzaron hasta llegar a otro campo abierto, y aquí el animal dio un súbito respingo y se sacudió de encima los brazos de la niña.

—¡Soy un Cervatillo! —gritó con alegría—. Y... ¡Madre mía! ¡Si tú eres una cría humana! —Con una repentina expresión de alarma en los hermosos ojos pardos, el Cervatillo salió disparado al galope y un instante después había desaparecido.

Alicia se quedó buscándolo con la mirada y estuvo a punto de echarse a llorar de rabia por haber perdido tan bruscamente a su querido compañerito de viaje.

—Pero ahora vuelvo a saber mi nombre —dijo—, y eso tampoco está mal. Alicia... Alicia... No volveré a olvidarlo. Y ahora, ¿cuál de estas señales se supone que debo seguir?

No era una pregunta difícil de responder, porque había un único camino y las dos señales apuntaban en la misma dirección.

—Lo decidiré —se dijo Alicia— cuando el camino se bifurque y cada una apunte en una dirección distinta.

Pero, por más que caminara, no tenía pinta de que nada de esto fuera a ocurrir. Anduvo mucho rato y allí donde el camino se bifurcaba había siempre dos señales que apuntaban en la misma dirección:

en una ponía «A CASA DE TOLEDÓN»

y en la otra, «A CASA DE TOLEDÍN».

—¡Pues claro! —exclamó por fin Alicia—. Los dos viven en la misma casa. ¡Cómo es que no lo he pensado antes! Pero no puedo quedarme allí mucho tiempo. Pasaré un momento a decir «¡Hola!, ¿qué tal?», y les preguntaré cómo se sale del bosque. ¡Si pudiera llegar a la Octava Casilla antes de que oscurezca...!

De modo que continuó sendero arriba, y muy entretenida hablando para sí, cuando, tras una curva cerrada, se topó con dos hombrecillos regordetes de manera tan inesperada que no pudo evitar dar un salto atrás, aunque enseguida se recompuso, pues estaba segura de que eran ellos.

Capítulo IV

Toledín y Toledón

Estaban de pie bajo un árbol, tomados del hombro, y Alicia supo enseguida quién era quién porque uno llevaba bordado «DON» en el cuello y el otro, «DIN».

—Seguramente, en la parte de atrás los dos llevarán «TOLE» —se dijo.

Permanecían tan inmóviles que Alicia casi se olvida de que estaban vivos y, justo cuando se disponía a ver si, en efecto, los cuellos llevaban escrita por detrás la palabra «TOLE», le sorprendió una voz que provenía del que llevaba la etiqueta «DON».

—Si opinas que somos figuras de cera —dijo—, deberías pagar, ¿no crees? Las figuras de cera no están hechas para contemplarlas gratis. ¡Nanay!

—Opuestamente —añadió el de la etiqueta «DIN»—, si opinas que estamos vivos, deberías hablar.

—Creedme que lo siento. —Fue todo lo que Alicia acertó a decir, pues las palabras de la vieja canción repicaban en su cabeza como el tictac de un reloj y no pudo evitar recitarlas en voz alta:

*En eso un cuervo horrible pasó,
Más negro que la brea,
Y tal fue el susto de los dos
Que ya no hubo pelea.*

—Ya sé lo que piensas —dijo Toledón—, pero no es así, nanay.

—Opuestamente —continuó Toledín—, si así fuera, así podría ser; y siendo así, así sería. Pero al no ser, no es. Pura lógica.

—Lo que yo estoy pensando —dijo Alicia muy educadamente— es cuál será el mejor camino para salir de este bosque. Está empezando a oscurecer. ¿Me lo podríais decir, por favor?

Pero los dos hombrecillos regordetes se limitaron a mirarse y sonreír.

Eran tan clavados a un par de alumnos aplicados que Alicia no pudo evitarlo y, señalando a Toledón, le dijo:

—¡Mejor alumno!

—¡Nanay! —protestó éste con un grito seco y veloz, y volvió a cerrar la boca con un chasquido.

—¡Segundo mejor alumno! —dijo Alicia, dirigiéndose a Toledín, aunque estaba convencida de que éste contestaría «¡Opuestamente!», como así fue.

—¡Has empezado mal! —chilló Toledón.

—¡Cuando se va de visita, lo primero es decir «Hola, ¿qué tal?» y estrechase la mano! —Y los dos hermanos se abrazaron, extendiendo sus manos libres para darle un apretón a Alicia.

Alicia no quería darle la mano a uno antes que al otro por temor a herir sus sentimientos, así que salió del paso dándoles la mano a los dos a la vez; y un segundo después, los tres bailaban en corro. A ella todo esto le resultó muy natural (como recordaría luego) y ni siquiera se sorprendió de que hubiera música: parecía venir del árbol bajo el que estaban bailando, y la producían (por lo que pudo deducir) las ramas al frotarse entre sí como violines con sus arcos.

—Pero fue tan divertido —diría Alicia después, al contarle la historia a su hermana— darme cuenta de pronto de que estaba cantando «A la ronda, la ronda». ¡No sé cuándo empecé, pero era como si llevara cantando mucho mucho tiempo!

Los otros dos bailarines, con sobrepeso, al poco rato estaban sin aliento.

—Cuatro vueltas por baile son suficientes —jadeó Toledón, y ambos dejaron de bailar tan bruscamente como habían empezado; también la música cesó de golpe.

Luego soltaron las manos de Alicia y se quedaron mirándola un instante. Se produjo una pausa incómoda, pues Alicia no sabía cómo retomar una conversación con personas con las que acababa de bailar. «De nada valdría

decir ahora “Hola, ¿qué tal?” —razonó para sí—, porque por eso ya hemos pasado».

—No estaréis muy cansados, ¿verdad? —dijo al fin.

—Nanay. Y muchas gracias por preguntar —dijo Toledón.

—¡Muchísimas gracias! —añadió Toledín—. ¿Te gusta la poesía?

—Pues, s-sí, bastante... Bueno, algunos poemas —titubeó Alicia—. ¿Me vais a decir cuál es el camino para salir del bosque?

—¿Qué te parece que le recite? —le dijo Toledín a Toledón con una mirada de gran solemnidad y sin atender a la pregunta de Alicia.

—«La Morsa y el Carpintero» es el más largo —opinó Toledón, abrazando cariñosamente a su hermano. Y Toledín arrancó de inmediato:

El sol brillaba sobre...

Pero Alicia se atrevió a interrumpirlo:

—Por si acaso fuera muy largo —dijo tan delicadamente como pudo—, ¿no me podríais decir primero qué camino?...

Toledín sonrió, gentil, y volvió a empezar:

El sol brillaba sobre el mar

Haciendo gran derroche,

Así las olas al rodar

Lucían como un broche.

Un hecho muy poco habitual...,

Pues era medianoche.

La luna ardía con frialdad

Molesta porque el sol

Resplandecía sobre el mar

Sin irse a su rincón.

«El muy bribón me quiere aguar

Mi sana diversión».

Estaba tan mojado el mar

Como la arena seca;

Y ni una nube, pues quizás

*No había nubes cerca.
Ni pájaros, pues es verdad
Que el que no corre, vuela.*

*La Morsa tras el Carpintero
Paseaba por la orilla,
Llorando a causa del exceso
De tanta arena fina:
«Que frieguen esto —decidieron—,
¡Iría de perillas!».*

*«Si siete chachas con fregonas
Fregasen medio año,
¿Supone usted —dijo la Morsa—
Que fregarían algo?».
«Lo dudo», dijo, y lagrimotas
Amargas le brotaron.*

*«Pasead, oh Ostras, con nosotros
—Rogó, cortés, la Morsa—.
Charlemos recorriendo un trozo
De playa salitrosa:
Iremos de la mano sólo
Con cuatro de vosotras».*

*La más anciana lo miró
Sin pronunciar palabra.
Guiñando un ojo, sacudió
Su gran cabeza calva:
No era el momento, no señor,
De abandonar la cama.*

*Mas cuatro Ostritas atrevidas
Cerraron pronto el trato:
Chaquetas puestas, caras limpias,
Lustrosos los zapatos.*

Curioso, ¿no?, pues carecían
De pies para calzarlos.
Luego otras cuatro las siguieron,
Y cuatro más detrás,
Y al rato aquello era un reguero
De más y más y más;
Surcando mar, espuma y viento
Marchaban al compás.

Pasearon Morsa y Carpintero
Digamos que una milla,
Y en una roca baja dieron
Reposo a su fatiga;
Allí esperaban, ya sin miedo
Y en fila, las Ostritas.

La Morsa dijo: «Hablemos ya
De temas diferentes:
De botas, barcos, brea y... ah,
De coles y de reyes,
Del mar que hierve sin cesar
Y si hay cerdos que vuelen».

«Aguarde un poco —le pidieron—
Para charlar, que ahora
Nos falta a algunas el aliento,
¡Y es que estamos tan gordas!».
«No hay prisa», dijo el Carpintero,
Y agradecieron todas.

La Morsa dijo: «Me doy cuenta
De que nos falta pan;
Vinagre y algo de pimienta
Tampoco vienen mal...
Y ahora, si ya estáis dispuestas,

Nos vais a alimentar».

*«¿Alimentaros, quién? ¿Nosotras?
—Dijeron, azoradas—.*

*Tras tanta cortesía, ¿ahora
Nos dais esta estocada?».*

*La Morsa dijo: «Es deliciosa
La tarde, ¿no os agrada?».*

*«¡Qué amables sois de haber venido!
¡Y sois tan entrañables!».*

*El Carpintero sólo dijo:
«Corte más pan, compadre.
¡Escuche bien, así no digo
Dos veces cada frase!».*

*La Morsa dijo: «Me da pena
Tratarlas de esta guisa.
¡Después de darles tantas vueltas
Trotando a toda prisa!».*

*El Carpintero dijo apenas:
«¡Les sobra mantequilla!».*

*Clamó la Morsa: «¡Tanto os quiero
Que cuando os veo lloro!».
Y a las más gordas, con esmero
Buscaba entre sollozos,
Secándose con el pañuelo
El río de sus ojos.*

*«¡Ostritas —dijo el Carpintero—,
Qué ronda tan gustosa!
¿Y si emprendemos el regreso?».
Mas nadie abrió la boca...
Lo cual no era muy raro, puesto
Que las comieron todas.*

—Me cae mejor la Morsa —dijo Alicia—, porque al menos siente lástima por las pobres ostras.

—Sí, pero come más que el Carpintero —dijo Toledín—. Por eso sostenía el pañuelo junto a su cara, para que el Carpintero no pudiese ver cuántas se llevaba a la boca. Opuestamente.

—¡Qué tramposa! —se indignó Alicia—. Pues prefiero al Carpintero... Si es que comió menos que la Morsa, claro.

—Pues él comió tantas como pudo —dijo Toledón.

Un asunto problemático. Tras una pausa, Alicia empezó a decir: «¡Bueno! Yo creo que ambos eran bastante desagradables...», pero se detuvo alarmada al oír en la espesura algo que se parecía mucho a una locomotora a vapor, aunque temió que se tratase en realidad de una bestia salvaje.

—¿Hay tigres o leones en esta zona? —preguntó tímidamente.

—Ése es el Rey Rojo, que está roncando —dijo Toledín.

—¡Ven a echarle un vistazo! —chillaron los hermanos; y tomando a Alicia de una mano cada uno, la llevaron hasta donde dormía el Rey Rojo.

—¿No es encantador? —dijo Toledón. Alicia no podía decir con sinceridad que lo fuera. Llevaba un gorro de dormir rojo y largo con un pompón en la punta, estaba tumbado de cualquier manera y roncaba ruidosamente—. ¡Se va a arroncar la cabeza! —observó Toledón.

—Temo que se enfríe si sigue acostado sobre la hierba húmeda —señaló Alicia, que era una niña muy juiciosa.

—Está soñando —dijo Toledín—. ¿Y en qué crees que sueña?

Alicia dijo:

—Eso no puede saberlo nadie.

—Pues, ¡contigo! —exclamó triunfal Toledín, estallando en aplausos—. Y si dejase de soñar contigo, ¿dónde crees que estarías?

—Aquí mismo, por supuesto —dijo Alicia.

—¡Tú no! —replicó Toledín con desdén—. No estarías en ninguna parte. ¡Porque tú no eres más que una cosa que él sueña!

—Si ese Rey de ahí se despierta —añadió Toledón—, te apagarías así, ¡chas!, como una vela.

—¡No es verdad! —se indignó Alicia—. Además, si yo soy sólo una cosa que él sueña, ¿qué se supone que sois vosotros?

—Ídem —dijo Toledón.

—¡Ídem de ídem! —chilló Toledín.

Tan fuerte chilló que Alicia tuvo que advertirle:

—¡Shhh! No hagas tanto ruido, que lo vas a despertar.

—Pues no sé cómo puedes hablar tú de despertarlo —dijo Toledón—, cuando sólo eres una cosa de tantas en su sueño. De sobra sabes que no eres real.

—¡Claro que lo soy! —dijo Alicia, y rompió a llorar.

—No te pienses que vas a ser más real por llorar —le dijo Toledín—. No hay por qué llorar.

—Si no fuese real —dijo Alicia, medio riendo entre lágrimas de lo ridículo que era todo—, no podría ponerme a llorar.

—No querrás hacernos creer que esas lágrimas son reales —interrumpió Toledón con evidente desprecio.

«Si lo que dicen no tiene sentido —pensó Alicia—, es una tontería que me ponga a llorar». Así que se secó las lágrimas y decidió cambiar de ánimo:

—Perdonadme, pero tengo que salir del bosque antes de que oscurezca del todo. ¿Creéis que lloverá?

Toledón desplegó un enorme paraguas sobre él y su hermano y se asomó a su interior:

—No, no creo que vaya a llover —dijo—. Al menos, no aquí debajo. Nanay.

—¿Y fuera de ahí debajo?

—Podría... si le da la gana —dijo Toledín—. No tendríamos nada que objetar. Opuestamente.

«¡Serán egoístas!», pensó Alicia, y estaba a punto de decirles «Buenas noches» y dejarlos plantados cuando Toledón emergió de debajo del paraguas y le agarró de la muñeca.

—¿Has visto eso? —dijo con atropellada emoción, y los ojos se le pusieron en el acto amarillos y redondos como platos mientras señalaba con el índice tembloroso una pequeña cosa blanca al pie del árbol.

—Es sólo un cascabel —dijo Alicia, tras una minuciosa inspección—. Pero no una serpiente de cascabel, eso seguro que no —añadió enseguida, creyendo que Toledón estaba asustado—. No es más que un viejo cascabel, bastante viejo y roto.

—¡Lo sabía! —gritó Toledón al tiempo que pateaba el suelo y se tiraba de los pelos—. ¡Y está estropeado, por supuesto! —Aquí miró a Toledín, que rápidamente se sentó en el suelo y trató de esconderse bajo el paraguas.

Alicia lo tomó del brazo y trató de calmarlo:

—Tampoco hay que ponerse así por un cascabel viejo.

—¡Pero si no es viejo! —volvió a gritar Toledón, más furioso que nunca—. Es nuevo, que lo sepas. Lo compré ayer mismo... ¡Mi precioso NUEVO CASCABEL! —dijo subiendo el tono hasta alcanzar un chillido perfecto.

Durante todo ese rato, Toledín había estado tratando de plegar su paraguas con él dentro; lo que resultaba una proeza tan extraordinaria que desvió un poco la atención de Alicia sobre el hermano enfurecido. Pero no había manera, y acabó rodando por el suelo envuelto en el paraguas, del que apenas emergía su cabezota; y allí quedó tendido, abriendo y cerrando la boca y los ojazos «igualito que un pescado», pensó Alicia.

—Estarás de acuerdo en que nos batamos en combate —dijo ya más calmado Toledón.

—Supongo que sí —dijo el otro sombríamente mientras salía reptando del paraguas—. Si ella nos ayuda a vestimos.

Así que los dos hermanos se adentraron en el bosque de la mano y al instante volvieron con los brazos cargados de trastos: almohadones, sábanas, alfombrillas, manteles, cubreplatos, cubos para el carbón...

—Espero que te des maña para prender o atar cosas —apuntó Toledón. Cada una de estas cosas tiene que quedar en su sitio como sea.

Alicia diría después que nunca había visto a nadie hacer tantos aspavientos como a aquellos dos, ni ponerse tantas cosas encima, ni darle tanto trabajo con cordeles para atar y botones para abrochar. «Al final van a parecer fardos de ropa vieja más que nada», se dijo mientras sujetaba un almohadón alrededor del cuello de Toledín... Para impedir, según él, que le cortaran la cabeza.

—¿Sabes? —añadió Toledín, solemne—, es de las cosas más graves que te pueden suceder en una batalla: que te corten la cabeza.

A Alicia se le escapó una carcajada, pero consiguió que pareciera un acceso de tos, pues no quería herir sus sentimientos.

—¿No estoy muy pálido? —dijo Toledón, que se le había acercado para que le atase el casco (así lo llamaba él, aunque tenía más bien pinta de cacerola).

—Pues... sí..., un poquitín —respondió Alicia amablemente.

—Yo acostumbro a ser muy valiente —prosiguió él en voz baja—, sólo que hoy me duele la cabeza.

—¡Y a mí me duele una muela! —dijo Toledín, que lo había oído—. ¡Estoy mucho peor que tú!

—Entonces será mejor dejar el combate para otro día —dijo Alicia, aprovechando la ocasión para poner algo de paz.

—Es necesario que peleemos un poco, aunque no me importaría que no se prolongase demasiado —dijo Toledón—. ¿Qué hora es ahora?

Toledín miró su reloj y dijo:

—Las cuatro y media.

—Podemos pelear hasta las seis y luego cenar —dijo Toledón.

—Muy bien —dijo el otro un tanto tristón—, y ella puede mirarnos. Sólo que no deberías acercarte mucho —añadió—, porque cuando me entusiasmo suelo darle a todo lo que veo.

—¡Y yo le doy a todo lo que se me pone a tiro —chilló Toledón—, tanto si lo veo como si no!

—Pobres árboles —rio Alicia—, seguro que reciben más de una.

Toledón miró en derredor con una sonrisa satisfecha:

—¡Dudo mucho que para cuando hayamos terminado quede en pie un solo árbol a la redonda! —declaró.

—¡Y todo esto por un cascabel! —dijo Alicia con la esperanza de que se avergonzaran un poco de armar tanto jaleo por nada.

—No me habría importado tanto —dijo Toledón—, si no hubiera sido nuevo.

«¡Ojalá apareciera el monstruoso cuervo negro!», pensó Alicia.

—Verás, como hay una sola espada —le dijo Toledón a su hermano—, tú puedes usar el paraguas: es bastante afilado. Pero deberíamos empezar cuanto antes, que está oscureciendo mucho.

—Y más que oscurecerá —dijo Toledín.

Había oscurecido tan de repente que Alicia temió que estuviera a punto de estallar una tormenta.

—¡Mirad qué nube tan negra y cargada! —dijo—. ¡Y lo rápido que viene! ¡Ni que tuviera alas!

—¡Es el cuervo! —soltó Toledón con un alarido de alarma. Al instante, los dos hermanos se dieron media vuelta y desaparecieron sin dejar rastro.

Alicia corrió un poco bosque adentro y se detuvo bajo un gran árbol. «Nunca podrá atraparme aquí —pensó—; es demasiado grande para deslizarse entre los árboles. Ay, ojalá no agitara tanto las alas. Está levantando un huracán en pleno bosque. ¡Hey, aquí pasa volando el chal de alguien!».

Capítulo V

Lana y agua

Mientras decía esto, Alicia atrapó el chal al vuelo y buscó con la vista a su dueño. Un instante después salía del bosque la Reina Blanca, corriendo atropelladamente y con los brazos extendidos como si volara, así que Alicia se acercó con toda educación para entregárselo.

—Me alegro mucho de haber estado al quite —dijo Alicia, al tiempo que le ayudaba a ponerse otra vez el chal.

La Reina Blanca se limitó a mirarla entre temerosa y desorientada y siguió murmurando sin cesar algo que sonaba a «panconqueso, panconqueso». Alicia comprendió que sacarle algo de conversación le costaría lo suyo, de ahí que la iniciara con timidez:

—¿Es usted la Reina Blanca? Me place haberla visto.

—Bueno, si a eso le llamas tú vestir —dijo la Reina Blanca—. No es ésa mi idea en absoluto.

Como no quería ponerse a discutir de buenas a primeras, Alicia sonrió y dijo:

—Si Su Majestad me dijera cuál es su idea, haría lo posible por contentarla.

—¡Pero si no quiero que hagas nada! —gimió la pobre Reina—. Me he estado vistiendo yo misma durante las dos últimas horas.

Alicia pensó que ojalá hubiera tenido a alguien que la ayudara a vestirse, pues iba terriblemente desarreglada. «Lo lleva todo torcido —observó—, ¡y está llena de alfileres!».

—¿Me permite —añadió en voz alta— que le acomode un poco mejor el chal?

—¡No sé qué le pasa! —dijo la Reina en un tono melancólico—. Se diría que está algo decaído. ¡Lo he fijado aquí y allá, pero nada le viene bien!

—Es imposible que no se tuerza si pone todos los alfileres en el mismo lado —dijo Alicia mientras se lo reacomodaba con esmero—. Y ese pelo, ¡hay que ver en qué estado lo tiene!

—¡Se me ha enmarañado con el cepillo! —suspiró la Reina—. Y ayer mismo perdí el peine.

Alicia desenredó con cuidado el cepillo e hizo lo que pudo para arreglarle el pelo.

—¡Esto ya pinta mejor! —dijo después de cambiar los alfileres de sitio—. Está claro que necesita una doncella.

—¡Estaré encantada de contratarte! —dijo la Reina—. A dos peniques por semana y mermelada un día no y otro sí.

Alicia no pudo contener la risa.

—No lo decía para que me contratase a mí. Además, no me apasiona la mermelada.

—Sí, pero ésta es muy buena —dijo la Reina.

—Tanto da, hoy no me apetece.

—Pues de haberte apetecido, tampoco te habría dado —dijo la Reina—. La regla es: mermelada ayer y mermelada mañana, pero mermelada hoy, nunca.

—Alguna vez tendrá que ser «mermelada hoy» —protestó Alicia.

—No, nunca —dijo la Reina—. Porque es mermelada un día no y otro sí, y hoy no es otro día: es hoy.

—No lo entiendo —dijo Alicia—. ¡Es tan confuso!

—Es el efecto de vivir hacia atrás —dijo la Reina, comprensiva—. Al principio siempre marea un poco...

—¡Vivir hacia atrás! —repitió con asombro Alicia—. ¡No había oído nada igual!

—... pero tiene una gran ventaja, y es que la memoria funciona en ambas direcciones.

—Estoy segura de que la mía funciona sólo en una —declaró Alicia—. No puedo recordar nada que no haya ocurrido.

—Qué memoria tan corta si sólo funciona hacia atrás —proclamó la Reina.

—¿Y usted qué tipo de cosas recuerda mejor? —se atrevió a preguntar Alicia.

—Ah, pues las que ocurrieron la semana después de la próxima —repuso la Reina sin darle mayor importancia—. Mira, por ejemplo —continuó mientras se vendaba el dedo con un enorme trozo de gasa—, el Emisario del Rey: ahora está castigado en la cárcel y el juicio no se celebrará hasta el próximo miércoles; y lo último de todo, por supuesto, será el crimen.

—¿Y si él nunca comete el crimen? —dijo Alicia.

—Pues mejor que mejor, ¿no te parece? —dijo la Reina, sujetando la venda de gasa con un poco de cinta.

Alicia admitió que eso era innegable.

—Por supuesto que sería mejor —dijo—, pero no que lo castiguen.

—Sin duda, ahí te equivocas —dijo la Reina—. ¿A ti nunca te han castigado?

—Sólo por travesuras —dijo Alicia.

—Y seguro que te ha venido bien, ¿a que sí?! —dijo, triunfal, la Reina.

—Sí, pero es que yo había hecho algo para que me castigaran —dijo Alicia—: he ahí la diferencia.

—Pues si no lo hubieras hecho —dijo la Reina—, habría estado aún mejor. ¡Y mejor y mejor y mejor! —La voz de la Reina fue escalando con cada «mejor» hasta acabar en un chillido.

—Creo que hay un error en... —Había empezado a decir Alicia; pero la Reina se puso a gritar tan fuerte que tuvo que dejar la frase a medias.

—¡Oh, oh, oh! —gritaba la Reina, sacudiendo la mano como si quisiera que se le desprendiese—. ¡Me sangra el dedo! ¡Oh, oh, oh, oh!

Su griterío se parecía tanto al silbido de una locomotora que Alicia tuvo que taparse los oídos.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó en cuanto tuvo ocasión de hacerse oír—. ¿Se ha pinchado el dedo?

—No, aún no —dijo la Reina—, pero pronto lo haré. ¡Oh, oh, oh!

—¿Y eso cuándo será? —preguntó Alicia, al borde de la risa.

—Cuando vuelva a ajustarme el chal —gimió la pobre Reina—: el broche se soltará y... ¡Oh, oh!

En eso estaban cuando el broche salió despedido y ella manoteó desesperadamente, tratando de recuperarlo.

—¡Con cuidado! —gritó Alicia—. ¡Lo está sujetando al revés! —Se lo arrebató, pero ya era tarde: el alfiler se había abierto y le había pinchado el dedo a la Reina.

—Lo cual explica la sangre, como puedes ver —le dijo sonriente a Alicia—. ¿Entiendes ahora cómo son las cosas aquí?

—¿Y por qué ya no grita? —preguntó Alicia, dispuesta a volver a taparse los oídos.

—Y dale. Porque ya he gritado lo que tenía que gritar —dijo la Reina—. ¿Para qué repetirlo todo otra vez?

Por entonces había empezado a clarear.

—Será que el cuervo ya se ha ido volando —dijo Alicia—. ¡Cuánto me alegro de que se vaya! Yo creía que estaba anocheciendo.

—¡Ojalá pudiera alegrarme así! —suspiró la Reina—, pero nunca recuerdo la regla. ¡Debes de ser muy feliz viviendo en este bosque y alegrándote siempre que quieras!

—¡Si no fuera porque esto es tan solitario...! —dijo Alicia, melancólica; y al pensar en su soledad, dos pesadas lágrimas recorrieron sus mejillas.

—¡Oye, no sigas por ahí! —gimió desolada la pobre Reina, retorciéndose las manos—. Considera lo estupenda que eres. Considera lo lejos que has llegado hoy. Considera la hora que es. ¡Considera lo que quieras, pero no llores!

Alicia no pudo evitar que se le escapara una risilla en medio de las lágrimas:

—¿Puede usted dejar de llorar considerando cualquier cosa? —preguntó.

—Claro, así es como se hace —dijo la Reina sin titubear—. Nadie puede hacer dos cosas al mismo tiempo, ya sabes. Por lo pronto, consideremos tu edad: ¿cuántos años tienes?

—Tengo siete y medio justos.

—Pues si hubieran sido injustos —le recriminó la Reina—, te habría creído igual. Ahora, a ver si me crees tú. Yo tengo ciento un años, cinco

meses y un día.

—¡No puedo creerme eso! —dijo Alicia.

—Oh, ¿no puedes? —dijo la Reina como si la compadeciera—. Inténtalo otra vez: respira hondo y cierra los ojos.

—Es que no se trata de intentarlo —rio Alicia—: nadie puede creer cosas imposibles.

—Está clarísimo que te falta práctica —dijo la Reina—. Cuando yo tenía tu edad, practicaba media hora al día. Oye, ha habido veces que me he llegado a creer seis cosas imposibles antes del desayuno. ¡Ahí va otra vez el chal!

El broche se le había vuelto a soltar mientras hablaba, y una repentina ráfaga de viento se había llevado el chal al otro lado de un arroyuelo. La reina volvió a extender los brazos y salió corriendo tras él, esta vez con éxito.

—¡Lo tengo! —gritó, triunfal—. Ya verás cómo lo sujeto con alfileres yo sola.

—¿Quiere eso decir que su dedo ya está mejor? —preguntó con amabilidad Alicia mientras se reunía con la Reina al otro lado del arroyuelo.

* * * * *
* * * * *
* * * * *

—¡Ay, sí, mucho mejor! —gritó la Reina, cada vez más alto—. ¡Mucho mejor! ¡Me-ejor! ¡Me-e-e-ejor! ¡M-e-eee!

La última palabra acabó en un balido tan largo y parecido al de una oveja que Alicia casi se asusta. Miró a la Reina, que daba la sensación de haberse envuelto de pronto en lana, se frotó los ojos y miró otra vez. Alicia no podía entender lo que había pasado. ¿Estaba en una tienda? ¿Y había de veras..., había de veras una oveja al otro lado del mostrador? Por más que se frotara, no iba a cambiar las cosas: aquello era en efecto una tienda pequeña y oscura, y ella estaba acodada en el mostrador frente a una Oveja anciana que tejía en su silla y alzaba de vez en cuando la vista para observarla a través de unas enormes gafas.

—¿Ya sabes lo que vas a comprar? —dijo al fin la Oveja, desatendiendo por un momento la labor.

—Aún no me he decidido del todo —dijo Alicia con mucho tacto—. Quisiera echar un vistazo alrededor, si no es molestia.

—Puedes mirar de frente y a ambos lados, si quieres —dijo la Oveja—, pero no puedes mirar alrededor, salvo que tengas ojos en la nuca.

Cosa que, a decir verdad, Alicia no tenía. Así que se conformó con darse la vuelta y husmear en los estantes a los que se iba acercando.

La tienda parecía estar repleta de los objetos más curiosos, pero lo más raro de todo era que, cada vez que trataba de husmear en un estante determinado, ese estante en particular resultaba estar medio vacío y los demás, en cambio, rebosaban a más no poder.

—¡Cómo fluyen las cosas aquí! —dijo por fin quejumbrosa tras pasar más de un minuto persiguiendo inútilmente un objeto voluminoso y brillante: a veces parecía una muñeca y otras un costurero y, mirara donde mirara, siempre aparecía en un estante superior—. Y ésta es la más provocadora de todas, pero ya sé lo que haré —añadió al alumbrar una nueva idea—: la seguiré hasta el último estante de arriba. ¡A ver cómo se las arregla para atravesar el techo!

Pero incluso este plan fracasó: la *cosa* atravesó el techo con toda naturalidad, como si lo hiciera cada dos por tres.

—¿Tú qué eres, una cría o una pirindola? —dijo la Oveja mientras hacía uso de otro par de agujas—. Acabarás mareándome si sigues dando vueltas. —Estaba tejiendo con catorce pares a la vez y Alicia no pudo evitar mirarla con cara de asombro.

—¿Cómo puede tejer con tantas agujas? —se dijo la cría, azorada—. ¡Cada vez se parece más a un puercoespín!

—¿Sabes remar? —le preguntó la Oveja, alcanzándole un par de agujas.

—Sí, un poco. Pero no en tierra, ni con agujas... —había empezado a decir Alicia, cuando las agujas que tenía en las manos se convirtieron en remos y de pronto se vio en un bote que se deslizaba entre dos orillas. No le quedaba más remedio que esmerarse en el remo.

—¡Hala! —gritó la Oveja, y se hizo con un nuevo par de agujas.

Como esto no parecía requerir respuesta alguna, Alicia no dijo nada y se limitó a remar. Había algo muy extraño en el agua, pues a menudo los remos se hundían fácilmente, pero se resistían muchísimo a salir.

—¡Hala! ¡Hala! —volvió a gritar la Oveja, sin parar de recoger agujas—. O vas a atrapar un cangrejo.

—¡Qué mono, un cangrejito! —pensó Alicia—. ¡Me encantaría!

—¿No me has oído gritar «¡Hala!»? —se enfadó la Oveja, echando mano a un puñado de agujas.

—Claro que sí —respondió Alicia—, varias veces... y a viva voz. Perdón, pero ¿dónde están los cangrejos?

—¡En el agua, por supuesto! —dijo la Oveja, mientras se metía algunas agujas en el pelo (pues tenía las manos llenas)—. ¡Hala, repito!

—¿Y por qué repite «Ala» todo el tiempo? —le preguntó por fin Alicia, un tanto dolida—. ¡No soy un ave!

—Pues sí —dijo la Oveja—, algo gansa sí que eres.

Esto ofendió un poco a Alicia y la conversación cesó durante un minuto o dos, mientras el bote seguía deslizándose alegremente, a veces entre bancos de algas (que hundían más rápido que nunca los remos en el agua) y otras bajo los árboles, pero siempre con ambas márgenes muy por encima de sus cabezas.

—¡Ay, por favor! ¡Juncos perfumados! —exclamó Alicia con repentino deleite—. ¡Cómo huelen, y qué bonitos son!

—A mí no necesitas decírmelo «por favor» —dijo la Oveja sin alzar la vista de su labor—. Yo no los puse ahí ni los pienso quitar.

—No, no, quería decir: «por favor, ¿podemos entretenernos en recoger unos pocos?» —rogó Alicia—. Digo, si no le importa parar el bote un momento.

—¿Y cómo iba yo a pararlo? —dijo la Oveja—. Si dejas de remar, se parará por su cuenta.

De modo que el bote flotó a la deriva arroyo abajo hasta encallar suavemente entre los juncos ondulantes. Entonces se arremangaron con esmero las manguitas, y los bracitos se hundieron hasta el codo en el agua para cortar los juncos lo más abajo posible y, por un instante, volcada sobre uno de los lados del bote y con la punta de los rizos rozando el agua, Alicia

se olvidó por completo de la Oveja y su labor; sus ojos brillaban de ilusión mientras recogía a puñados los preciados juncos perfumados.

—¡Ojalá no se vuelque el bote! —se dijo para sí—. ¡Oh, qué hermoso es éste! Pero no puedo alcanzarlo.

Sin duda, resultaba un tanto molesto («como si ocurriera a propósito», pensó) que, aunque consiguiera llenarse las manos de hermosos juncos, a medida que el bote se deslizaba, siempre hubiera un poco más allá uno más apetecible al que no podía llegar.

—¡Los más bonitos siempre están lejos! —suspiró al fin ante la tozudez de los juncos, que se empeñaban en crecer siempre un poco más allá; y, con las mejillas encendidas y las manos y el pelo empapados, regresó a su sitio y se dedicó a ordenar sus recién ganados tesoros.

¿Qué le importaba a ella que los juncos hubieran empezado a marchitarse, a perder su perfume y su belleza desde el instante en que los había arrancado? Si hasta los verdaderos juncos perfumados duran, como es sabido, muy poquito tiempo... Éstos, al ser juncos de ensueño, se derretían, formando montones a sus pies, casi como la nieve. Pero Alicia apenas reparó en ello, pues muchas otras cosas reclamaban su atención.

No habían avanzado mucho, cuando la pala de uno de los remos se hundió de prisa en el agua y no se dignaba salir (como explicaría luego Alicia), con la consecuencia de que el mango se le metió bajo el mentón y ella, a pesar de emitir una serie de breves «¡Oh, oh, oh!» de dolor, acabó rodando entre el montón de juncos.

Sin embargo, no se había hecho daño y pudo incorporarse enseguida. La Oveja, como si nada hubiera ocurrido, no había dejado de tejer un segundo.

—¡Bonito cangrejo has pillado! —comentó mientras Alicia recuperaba el sitio, contenta de seguir a bordo del bote.

—¿Ah, sí? No lo he visto —dijo Alicia, asomándose con cuidado para escudriñar el fondo del agua—. Ojalá no se me hubiera escapado, ¡me gustaría tanto poder llevarme un cangrejito de vuelta a casa! —Pero la Oveja se limitó a reír con sorna y continuó tejiendo.

—¿Hay muchos cangrejos por aquí? —preguntó Alicia.

—Cangrejos y toda clase de cosas —dijo la Oveja—: la oferta es variada, pero tienes que decidirte. ¿Sabes ya lo que quieres comprar?

—¡Comprar! —repitió Alicia como un eco, entre el asombro y el susto. Los remos, el bote y el río se habían desvanecido en un instante y ahí estaba otra vez en la oscuridad de la pequeña tienda.

—Quisiera comprar un huevo, por favor —dijo con timidez—. ¿A cuánto los vende?

—A cinco peniques y cuarto cada uno. Dos a dos peniques —respondió la Oveja.

—¿Entonces dos son más baratos que uno? —dijo Alicia, buscando sorprendida su monedero.

—Sólo que, si compras dos, tendrás que comerte ambos —dijo la Oveja.

—Pues entonces me quedaré con uno, gracias —dijo Alicia, y dejó el dinero en el mostrador. Por dentro iba pensando: «Ya verás, tal vez no sean tan buenos».

La Oveja guardó el dinero en una caja; luego dijo:

—Nunca entrego los objetos en mano, eso no funciona; tendrás que recogerlo tú misma. —A continuación, se fue hasta el otro extremo de la tienda y colocó el huevo erguido en un estante.

—Me pregunto por qué no funcionará —pensó Alicia mientras se abría paso a trompicones entre mesas y sillas, pues la oscuridad de la tienda aumentaba hacia el fondo—. El huevo parece alejarse a medida que me acerco. A ver, ¿qué es esto?, ¿una silla? ¡Anda, pero si tiene ramas! ¡Qué curioso que crezcan árboles aquí! ¡Si hasta hay un arroyuelo! ¡Jamás había visto una tienda tan rara!

* * * * *

* * * * *

* * * * *

Y así siguió rumiando, más y más desconcertada a cada paso, pues las cosas iban convirtiéndose en árboles en cuanto las tenía a su alcance, y estaba convencida de que eso mismo iba a ocurrir con el huevo.

Capítulo VI

Humpe Dante

Sin embargo, a medida que Alicia se aproximaba, el huevo se iba haciendo más y más grande y más y más humano. Cuando estaba apenas a unos metros, observó que tenía ojos, nariz y boca; y, ya desde un poco más cerca, vio claramente que se trataba del mismísimo Humpe Dante. «¡No puede ser otro! —se dijo Alicia—. Estoy segurísima: ¡si sólo le falta llevar el nombre escrito en la cara!».

Tan grande era esa cara que podría haberlo llevado escrito cien veces. Sentado con las piernas cruzadas como un turco, Humpe Dante estaba encaramado a un altísimo muro de una delgadez tal que Alicia se preguntó cómo haría para mantener el equilibrio. Al ver que miraba fijamente en dirección opuesta y que no le prestaba la menor atención, Alicia se preguntó si no sería un muñeco de trapo.

—¡Cómo se parece a un huevo! —dijo en voz alta mientras extendía los brazos para sostenerlo, convencida como estaba de que se caería de un momento a otro.

—Es muy irritante —dijo Humpe Dante tras un largo silencio, evitando mirar a Alicia— que a uno lo llamen huevo... ¡Muy!

—He dicho que era parecido, señor —explicó, educada, Alicia—. Además, hay huevos muy bonitos —añadió con la esperanza de que su comentario sonara a piropo.

—¡Y hay gente —dijo Humpe Dante sin mirarla, como de costumbre— con menos seso que un bebé!

Alicia no supo qué responder; aquello no era una conversación normal, pensó, pues él nunca se dirigía a ella. De hecho, aquel último comentario iba claramente dirigido a un árbol. Así que, firme en su sitio, dijo por lo bajito:

Humpe Dante
sentose en un muro,
Humpe Dante
cayose de culo.
Todos los hombres
y caballos del rey
No pudieron sentar
a Humpe Dante otra vez.

—Mmm, ese último verso es demasiado largo —añadió casi en voz alta, sin advertir que Humpe Dante podía oírla.

—No te quedes ahí parada, cuchicheando de ese modo —dijo Humpe Dante, mirándola por primera vez—, y dime tu nombre y ocupación ya mismo.

—Mi nombre es Alicia, pero...

—¡Qué tontería de nombre! —interrumpió, impaciente, Humpe Dante—. ¿Qué quiere decir?

—¿Pero los nombres tienen que querer decir algo? —dudó Alicia.

—Por supuesto que sí —dijo Humpe Dante con una risita—: *mi* nombre se refiere a cómo soy..., que, por cierto, es un muy buen modo de ser. Con un nombre como el tuyo, bien podrías ser de cualquier modo.

—¿Por qué está sentado aquí tan solo? —dijo Alicia, dispuesta a no entrar en polémicas.

—¡Fácil: porque no hay nadie conmigo! —exclamó Humpe Dante—. ¿Pensabas que no sabría cómo responder a eso, eh? Pregúntame más.

—¿No cree que estaría más seguro en el suelo? —continuó Alicia; no porque quisiera plantear ningún acertijo, sino porque se preocupaba sinceramente por aquella extraña criatura—. ¡Es que ese muro es tan tan delgado!

—¡Pero qué acertijos tan requetefáciles! —rezongó Humpe Dante—. ¡Claro que no lo creo! Verás, si por una de éstas me cayera..., cosa harto improbable..., pero si ocurriera... —Y aquí frunció los labios y adoptó un aire tan solemne que Alicia tuvo que esforzarse por no reír—, si me cayera —prosiguió—, el Rey me ha prometido... Ajá, esto no te lo esperabas,

¿eh?... ¡Puedes ponerte todo lo pálida que quieras! El Rey me ha prometido... de su propia boca... que... que...

—Que enviará a todos sus hombres y caballos —interrumpió con muy poco tino Alicia.

—¿Cómo dices? ¡Esto es inadmisibile! —chilló Humpe Dante, montando en cólera—. Has estado espiando detrás de las puertas... y de los árboles... y bajo las chimeneas... ¡Si no, cómo ibas a saberlo!

—¡Huy, no, para nada! —lo tranquilizó Alicia—. Está en un libro.

—¡Ah, bueno! No me extraña que eso esté escrito en un libro —dijo Humpe Dante ya más sosegado—. Es lo que se conoce como Historia de Inglaterra, por si no lo sabes. ¡Ya puedes mirarme bien! Estás ante alguien que ha hablado con un Rey: quién sabe si tendrás otra ocasión como ésta. ¡Anda, choca esos cinco! Para que luego no digas que soy un estirado.

Con una sonrisa de oreja a oreja, se inclinó (a punto casi de caer del muro) para ofrecerle la mano a Alicia. Ella lo miró un tanto alarmada mientras se estrechaban la mano. «Si sigue sonriendo, los extremos de su boca se encontrarán por detrás —se dijo—, y no quiero ni imaginar lo que pasaría entonces: ¡se le caería media cabeza!».

—Pues sí, todos sus hombres y caballos —continuó Humpe Dante— me volverían a levantar en un instante, ¡qué menos! Sin embargo, esta conversación se está desarrollando un poco demasiado rápido; ¿por qué no regresamos al último comentario menos uno?

—Me temo que ya no recuerdo cuál era —dijo muy educadamente Alicia.

—En ese caso, empezaremos de nuevo —dijo Humpe Dante—; y ahora me toca a mí proponer el tema. —«¡Habla de esto como si fuese un juego!», pensó Alicia—. Así que ahí va mi pregunta: ¿Cuántos años has dicho que tenías?

Alicia hizo un breve cálculo y respondió:

—Siete años y seis meses.

—¡Mal! —exclamó triunfal Humpe Dante—. ¡Eso nunca lo has dicho!

—Yo creía que me preguntaba «Cuántos años tienes» —se excusó Alicia.

—Entonces te lo habría preguntado así, ¿no crees? —dijo Humpe Dante.

Alicia no quería volver a discutir y prefirió callar.

—¡Siete años y seis meses! —repitió pensativo Humpe Dante—. Una edad algo incómoda. Si me permites un consejo, yo habría dicho: «¡En siete me planto!». Pero ahora ya es tarde.

—Yo nunca pido consejos sobre cómo crecer —dijo Alicia, indignada.

—¿Demasiado orgullosa quizás? —preguntó el otro.

Alicia se indignó aún más.

—Quiero decir —explicó— que uno no puede dejar de crecer.

—Uno tal vez no —dijo Humpe Dante—, pero dos sí. Con la ayuda adecuada, te podrías haber plantado a los siete.

—¡Pero qué cinturón tan bonito lleva usted! —interrumpió Alicia.

(Alicia pensó que ya estaba bien de hablar de la edad y que, si iban a decidir los temas por turno, ahora le tocaba a ella).

—Mejor dicho —rectificó—, qué magnífica corbata, por cierto... O no, quiero decir... un cinturón realmente estupendo... Ay, no sé, lo siento —añadió abochornada al ver que Humpe Dante parecía haberse ofendido mucho y deseando haber elegido otro tema—. ¡Si al menos supiera —suspiró— qué parte es cuello y qué parte cintura!

Sin duda, Humpe Dante estaba muy enojado, porque durante un minuto o dos permaneció en silencio. Cuando volvió a intervenir, lo hizo con un hondo gruñido.

—¡Resulta de lo más... irritante —dijo— que alguien no distinga un cinturón de una corbata!

—Reconozco que es muy ignorante por mi parte —se excusó Alicia, tan humildemente que Humpe Dante cedió.

—Es una corbata, niña, y muy bonita, como bien dices. Es un regalo del Rey y la Reina Blancos. ¡Qué te parece!

—¿De veras? —preguntó Alicia, aliviada de haber acertado con el tema después de todo.

—Me la entregaron —prosiguió solícito, cruzándose de piernas y entrelazando las manos sobre la rodilla— como regalo de incumpleaños.

—¿Perdón? —se sorprendió Alicia.

—No tengo nada que perdonar —dijo Humpe Dante.

—Me refería a que no sé qué es un regalo de incumpleaños.

—Algo que te regalan cuando no cumples años, por supuesto.

Alicia lo pensó un rato.

—Prefiero los de cumpleaños —dijo finalmente.

—¡No sabes lo que dices! —chilló Humpe Dante—. ¿Cuántos días tiene un año?

—Trescientos sesenta y cinco —respondió Alicia.

—¿Y cuántos cumpleaños tienes al año?

—Uno.

—Y si le quitas uno a trescientos sesenta y cinco, ¿qué queda?

—Trescientos sesenta y cuatro, por supuesto.

Humpe Dante frunció el ceño, desconfiado.

—Eso lo quiero ver por escrito —dijo.

Alicia no pudo disimular una sonrisa. Abrió su libreta y escribió la operación:

365

– 1

———

364

Humpe Dante estudió la libreta con suma atención.

—En principio, parecería correcto... —empezó a decir.

—¡Pero si lo está mirando al revés! —interrumpió Alicia.

—¡Ya decía yo! —comentó alegremente Humpe Dante al tiempo que le daba la vuelta—. Tenía un aspecto bastante dudoso. Como iba diciendo, parecería correcto... aunque ahora no tengo tiempo de mirarlo a fondo. Lo cual demuestra que hay trescientos sesenta y cuatro días para regalos de incumpleaños...

—Así es —dijo Alicia.

—... y sólo uno para regalos de cumpleaños: ¡menuda gloria!

—No sé qué quiere decir usted con «gloria» —dijo Alicia.

Humpe Dante sonrió con desdén.

—Claro que no lo sabes... mientras no te lo diga. Quiero decir: «menudo argumento demoledor».

—Pero *gloria* no significa «argumento demoledor» —protestó Alicia.

—Las palabras que yo uso —dijo Humpe Dante con retintín— significan lo que yo decido que signifiquen: ni más ni menos.

—La cuestión es —dijo Alicia— si se puede lograr que las palabras signifiquen cosas distintas.

—La cuestión es —dijo Humpe Dante— quién manda. Y punto.

Alicia estaba tan sorprendida que no atinó a hablar, de modo que Humpe Dante volvió a la carga.

—Las hay con mucho carácter. En especial los verbos, que son los más orgullosos. Los adjetivos sirven para cualquier cosa, pero no los verbos. ¡Yo, en cualquier caso, los domino a todos! ¡Impenetrabilidad! ¡Ahí tienes!

—¿Sería tan amable —pidió Alicia— de decirme qué significa?

—Veo que empiezas a mostrarte razonable —dijo Humpe Dante con aire complacido—. *Impenetrabilidad* significa que ya hemos agotado el tema y que va siendo hora de que declares lo que piensas hacer a continuación, pues supongo que no pretenderás permanecer aquí el resto de tus días.

—Eso sí que es exprimir una palabra —reflexionó Alicia.

—Cuando hago trabajar tanto a una palabra —dijo Humpe Dante—, siempre le pago un extra.

—¡Oh! —dijo Alicia. El desconcierto la había dejado sin habla.

—Deberías verlas arremolinarse a mi alrededor los sábados por la noche —dijo Humpe Dante, meneando muy serio la cabeza de un lado a otro—, en busca de su paga, ya me entiendes... —Pero como Alicia no se atrevió a preguntarle con qué les pagaba, ni lo sé yo ni lo sabréis vosotros.

—Por lo visto se le da muy bien explicar palabras, señor —dijo Alicia—. ¿Tendría la amabilidad de decirme qué significa el poema titulado «Jabierloqui»?

—Procede a recitarlo —dijo Humpe Dante—. Puedo explicar todos y cada uno de los poemas que se han inventado, y unos cuantos que no se han inventado aún.

Aquello sonaba tan esperanzador que Alicia no dudó en ponerse a recitar:

Fritarde, cuando el fángil dongo

*Regicla y hurza en la porlapa,
Mindebles van los gorobobos
Y el pigorrante achala.*

—Suficiente para empezar —interrumpió Humpe Dante—. Aquí ya hay unas cuantas palabras difíciles. *Fritarde* son las cuatro de la tarde, cuando uno empieza a fritar cosas para la cena.

—Parece sensato —dijo Alicia—. ¿Y *fángil*?

—Bueno, *fángil* significa frágil y fangoso. *Frágil* es igual que *grácil*. Verás, es como un portabrigos: dos significados empacados en una misma palabra.

—Ya lo veo —dijo Alicia, atenta—: ¿y qué es un dongo?

—Pues los dongos tienen algo de tejones, algo de lagartos y algo de sacacorchos.

—Unas criaturas muy curiosas.

—Lo son, lo son —dijo Humpe Dante—. Además anidan bajo los relojes de sol... Y además se alimentan de queso.

—¿Y qué es *regiclar* y *hurzar*?

—Regiclar es dar vueltas como un giróscopo. Y *hurzar* es hacer agujeros como una barrena.

—Y la porlapa será el trozo de césped que rodea un reloj de sol, imagino —dijo Alicia, sorprendida de su propia ingenuidad.

—Por supuesto que sí. Se llama porlapa, como comprenderás, porque se extiende por la parte de aquí y también por la parte de allá.

—Y, a cada lado, por la parte de acullá —añadió Alicia.

—Exactamente. Bien, en cuanto a *mindeble*, es endeble y miserable a la vez (ahí tienes otro portabrigos). Y el gorobobo es un pajarillo de aspecto desaliñado al que le salen las plumas en todas direcciones: una especie de fregona viva.

—¿Y qué hay del pigorrante? —preguntó Alicia—. Si no es mucha molestia.

—A ver: un pigo es como un cerdo verde, pero lo de *-rante* me hace dudar. Creo que es apócope de *errante*, como si anduviera perdido, ¿comprendes?

—¿Y qué significa *achala*?

—Verás, *achalar* está a medio camino entre *bramar* y *silbar*, con una suerte de estornudo en medio. De todos modos, quizás podrías oírlo... en la espesura del bosque. Y con una vez que lo oigas ya estarás más que satisfecha. ¿Quién te ha estado recitando cosas tan difíciles?

—Lo leí en un libro —dijo Alicia—. Pero un tal Toledín, si no me equivoco, me ha recitado poemas mucho más fáciles.

—En cuanto a la poesía —dijo Humpe Dante con un gesto grandilocuente de su manota—, yo mismo, si se terciara, puedo recitar tanta como cualquiera.

—¡Oh, pero no se terciara! —se apresuró a decir Alicia, decidida a evitar que se embalara.

—La obra que voy a recitar —dijo él sin hacerle el menor caso—, fue escrita de cabo a rabo para tu deleite.

Alicia sintió que en ese caso estaba obligada a escuchar, así que se acomodó y dijo «Muchas gracias» con notorio pesar.

*Quando en invierno impera el blanco,
A tu salud canto este canto...*

—Sólo que en realidad yo no lo canto —se empeñó en explicar.

—Sí, ya lo veo —dijo Alicia.

—Si eres capaz de ver si canto o no canto, es que tienes una agudeza visual por encima de lo normal —advirtió muy serio Humpe Dante. Alicia no dijo ni pío.

*Quando verdee, en primavera,
Te explicaré lo que yo pueda.*

—Pues muchas gracias —dijo Alicia.

*Así, en verano, bajo el sol,
Tal vez ya entiendas mi canción;*

*Quando en otoño sople el viento,
La escribirás en tu cuaderno.*

—Eso haré, si es que puedo recordarla toda entera —dijo Alicia.

—No hace falta que vayas haciendo comentarios todo el rato —dijo Humpe Dante—; no son acertados y además me distraen.

*Mandé a los peces un correo;
Decía: «Aquí está lo que quiero».*

*Los pececillos, muy amables,
Me respondieron al instante.*

*Fue su respuesta: «Mire usted,
Será imposible hacerlo, pues...».*

—Lo siento, creo que no lo pillo —dijo Alicia.
—Luego ya se pone más fácil —repuso Humpe Dante.

*Volví a mandarles un recado:
«Será mejor que me hagan caso».*

*Pero ellos, con una sonrisa,
Dijeron: «¡Huy, señor, qué prisas!».*

*Y aunque insistí de mil maneras,
Para ellos, como si lloviera.*

*Así que tuve que agenciarme
Una tetera nueva y grande.*

*Al surtidor la fui a llenar;
Mi corazón: patim, patam.*

*Fue entonces cuando alguien me dijo:
«Los peces ahora están dormidos».*

*Le respondí bien alto y claro:
«Pues tendrá usted que despertarlos».*

*Bien alto y claro, ya lo digo:
A viva voz y en el oído.*

Humpe Dante dio tal chillido al recitar este verso que Alicia pensó, temblando: «¡No me cambiaría por ese recadero por nada del mundo!».

*Él respondió, cerril y tieso:
«¿Por qué me chilla, caballero?».*

*Y continuó, tieso y cerril:
«Yo los despertaría, si...».*

*Armado con un sacacorchos,
Fui a despertarlos a mi modo.*

*Al ver la puerta con la traba,
Le di mil golpes, pero nada.*

*Y al apoyar en ella el cuerpo,
La puerta va y se abre, pero...*

Siguió una larga pausa.

—¿Es todo? —preguntó tímidamente Alicia.

—Es todo —dijo Humpe Dante—. Adiós.

Alicia lo encontró todo un poco brusco, pero, tras recibir una indirecta tan directa, se le antojó muy poco educado no retirarse. Así que extendió su mano y dijo «¡Adiós, hasta la vista!» tan animadamente como pudo.

—No creo que te recuerde si es que volvemos a vernos —respondió Humpe Dante en un tono displicente mientras le daba un solo dedo para chocarlo—. ¡Te pareces tantísimo a otras personas!

—La diferencia suele estar en la cara —señaló Alicia con sensatez.

—Precisamente, de eso me quejo —dijo Humpe Dante—. Tu cara es como la que tienen todos: dos ojos, así... —y los trazó en el aire—, nariz en medio, boca debajo. Siempre igual. Pero... si tuvieras los dos ojos del mismo lado, por ejemplo, o la boca arriba del todo... ya sería otra cosa.

—No quedaría bien —protestó Alicia.

Pero Humpe Dante cerró los ojos y dijo:

—No lo sabrás si no lo pruebas.

Alicia esperó un instante a que hablara otra vez, pero, en vista de que no abría los ojos ni le prestaba la menor atención, le dijo «¡Adiós!» una vez más y se marchó en silencio sin obtener respuesta. Sin embargo, no pudo dejar de decirse cuando se iba: «De todas las personas insatisfactorias... —tan reconfortante le resultó poder usar una palabra así de larga que decidió

repetirla en voz alta—, de todas las personas insatisfactorias que he conocido jamás...», pero no pudo acabar la frase porque en ese preciso instante un pavoroso impacto sacudió el bosque de cabo a rabo.

Capítulo VII

El león y el unicornio

Un momento después aparecieron corriendo bosque a través varios soldados, primero en pares y tríos, luego en grupos de diez o veinte y finalmente en un amasijo tal que llenaba todo el bosque. Alicia, temiendo que la atropellaran, se protegió detrás de un árbol y desde allí los miró pasar.

Se le ocurrió pensar que nunca había visto soldados tan inestables; se tropezaban todo el rato con esto o aquello y cada vez que uno caía, varios otros le caían encima, de manera que pronto el suelo del bosque quedó cubierto de pequeños montones humanos.

Luego vinieron los caballos. Al tener cuatro patas, eran algo más estables que los soldados de a pie, aunque también ellos tropezaban por aquí y por allá; además, parecía ser una regla que todo jinete tenía que rodar por tierra cuando su caballo tropezaba. En el bosque, la confusión aumentaba por momentos, y Alicia se alegró de poder salir a un claro donde encontró al Rey Blanco muy ocupado escribiendo en su libro de memorandos.

—¡Los he enviado a todos! —gritó complacido el Rey al ver a Alicia—. Dime, querida, ¿por casualidad te has encontrado con algún soldado al atravesar el bosque?

—Pues, sí —dijo Alicia—. Con varios miles, diría yo.

—Cuatro mil doscientos siete, para ser exactos —dijo el Rey, orgulloso de su libro—. No pude enviar a todos los caballos porque, como sabrás, hacen falta dos para el juego. Tampoco he enviado a los dos Mensajeros. Ambos han ido a la ciudad. Asómate al camino y dime si ves a alguno.

—Nadie en la carretera —dijo Alicia.

—Ojalá tuviera yo esos ojos —exclamó excitado el Rey—. ¡Capaces de ver a Nadie! ¡Y desde tan lejos! ¡Cuando yo, con esta luz, apenas si consigo ver a alguien!

Nada de esto hizo mella en Alicia, que permanecía con los ojos fijos en el camino mientras hacía visera con una mano.

—¡Ahora sí que veo a alguien! —dijo por fin—. Pero se acerca muy lentamente... ¡y con unos ademanes tan raros! —Porque el Emisario avanzaba saltando sobre un pie y luego sobre el otro y se retorció como una anguila, con sus enormes manos extendidas a cada lado como si fueran abanicos.

—De ningún modo —dijo el Rey—. Es un emisario anglosajón, y sus ademanes son anglosajones. Pero sólo los tiene cuando está contento. Se llama Jala.

—Amo a mi amor con *J* —arrancó Alicia sin poder contenerse— porque es Jaspeado. Lo odio con *J* porque es Jaranero. Le doy de comer..., de comer... Jamón y Jengibre. Se llama Jala y vive...

—Vive en el Jardín —apuntó el Rey de pasada, sin darse cuenta de que estaba uniéndose al juego. Alicia seguía buscando una ciudad que empezase por *J*—. El otro Emisario se llama Jama. Necesito dos, ¿entiendes?... Para ir y venir. Uno para ir, el otro para venir.

—Le pido perdón. No...

—Pedir no es nada decente —dijo el Rey.

—Quería decir que no lo entiendo —explicó Alicia—. ¿Por qué uno para ir y otro para venir?

—¿Qué te acabo de decir? —se impacientó el Rey—. Necesito dos: para llevar y traer. Uno para llevar y otro para traer.

Justo entonces apareció el Emisario. Como estaba sin aliento y apenas podía hablar, se limitó a agitar las manos y a hacerle toda clase de angustiadas muecas al pobre Rey.

—Esta jovencita te ama con *J* —dijo el Rey para presentarle a Alicia, en un intento de desviar su atención..., pero sin éxito, ya que el despliegue de ademanes anglosajones del Emisario fue aumentando por momentos, acompañado de un salvaje revolver de ojos.

—¡No me asustes! —dijo el Rey—. Me estoy mareando..., ¡que alguien me dé un poco de jamón!

Para asombro de Alicia, el Emisario abrió el morral que le colgaba del cuello y le ofreció un sándwich de jamón al Rey, que lo devoró con ansia.

—¡Otro sándwich! —ordenó el Rey.

—Ya sólo me queda jengibre —dijo el Emisario, hurgando en el morral.

—Jolín... —murmuró débilmente el Rey.

El jengibre hizo su efecto y Alicia se alegró de que el Rey se recuperase.

—Cuando estás mareado, nada como el jengibre —declaró éste sin dejar de masticar.

—Yo diría que es mejor que le echen a uno un poco de agua fría... —opinó Alicia—, o unas sales nasales.

—Yo no he dicho que no hubiera nada mejor que el jengibre —dijo el Rey—. He dicho que no había nada como el jengibre. —Y Alicia no se atrevió a negarlo.

—¿A quién adelantaste en el camino? —prosiguió el Rey al tiempo que extendía la mano, reclamando más jengibre.

—A nadie —dijo el Emisario.

—Muy cierto —dijo el Rey—: esta jovencita también lo vio. Por tanto, Nadie camina más lento que tú.

—Yo pongo todo mi empeño —dijo el Emisario, enfurruñado—. ¡Dudo que nadie camine mucho más rápido que yo!

—¡Cómo iba a hacerlo Nadie! —dijo el Rey—. Si no, él habría llegado primero. Bueno, ahora que has recuperado el aliento quizás puedas decirnos qué ha ocurrido en la ciudad.

—Lo susurraré —dijo el Emisario; y, formando una bocina con las manos, se inclinó junto al oído del Rey. Alicia lamentó que lo hiciera, porque también ella quería enterarse. Pero, en vez de susurrar, el Emisario gritó con todas sus fuerzas—: ¡Ya están otra vez igual!

—¿Y a eso le llamas susurro? —gimió el pobre Rey dando un brinco—. ¡Repítelo y haré que te azoten! ¡Me ha atravesado el cerebro como si fuera un terremoto!

—Sería un terremoto muy pequeño —pensó Alicia—. ¿Quiénes están otra vez igual? —quiso saber.

—Pues... el León y el Unicornio. ¿Quiénes si no? —dijo el Rey.

—¿Peleando por la corona?

—Exacto —dijo el Rey—. Y lo más cómico es... ¡que se trata de mi corona! Corramos a verlos. —Y se fueron al trote mientras Alicia, sin dejar de correr, repetía para sí la letra de la vieja canción:

El León y el Unicornio por la corona pelearon

Y el León al Unicornio venció en todo el poblado.

Unos les dieron pan negro, otros les dieron pan blanco;

Otros les dieron plumcake y a redobles los echaron.

—¿El que gana... se queda... con la corona? —preguntó como pudo, porque la carrera la estaba dejando sin aliento.

—¡Por supuesto que no! —dijo el Rey—. ¡A quién se le ocurre!

—¿Sería usted... tan amable... —jadeó Alicia, dando unos pocos pasos más— de parar un minuto... para que... recuperemos... el aliento?

—Ah, soy lo bastante amable —dijo el Rey—, pero no lo bastante fuerte. Verás, un minuto pasa tremendamente rápido. ¡Es más fácil parar a un Baitezampa!

A Alicia ya no le quedaba aliento para discutir, así que trotaron en silencio hasta que divisaron una multitud y, en el medio, al León y el Unicornio peleando. Los envolvía tal nube de polvo que a Alicia le costó saber quién era quién, aunque no tardó en distinguir al Unicornio por su cuerno.

Se situaron cerca de donde Jama, el otro Emisario, presenciaba la contienda con una taza de té en una mano y un pan con mantequilla en la otra.

—Acaba de salir de la cárcel y no pudo acabar su té cuando lo encerraron —le susurró Jala a Alicia—: y allí sólo les dan ostras vacías, así que, como comprenderás, está sediento y hambriento. ¿Y tú cómo estás, querida? —continuó mientras pasaba afectuosamente su brazo por el hombro de Jama.

Jama miró a su alrededor, asintió y siguió dándole al pan con mantequilla.

—¿Lo pasaste bien en prisión, querido? —preguntó Jala.

Jama volvió a mirar en derredor y esta vez resbalaron por su cuello una o dos lágrimas, pero no dijo ni mu.

—¡Habla cuando quieras! —gritó Jala con impaciencia. Pero Jama masticó, ausente, y bebió un poco más de té.

—¡Habla cuando puedas! —chilló el Rey—. ¿Cómo va el combate?

Jama hizo un esfuerzo desesperado y tragó un enorme bocado de pan con mantequilla.

—Lo llevan bastante bien —dijo con voz ahogada—; ya han caído unas ochenta y siete veces cada uno.

—¿Así que pronto traerán el pan blanco y el pan negro? —se atrevió a señalar Alicia.

—Ya los está esperando —dijo Jama—: esto que me estoy comiendo es un trocito.

Justo entonces se produjo una pausa en la contienda y el Unicornio se sentó, jadeando, mientras el Rey anunciaba a viva voz:

—¡Diez minutos de refrigerio!

Jala y Jama se pusieron manos a la obra y trajeron bandejas con montones de pan blanco y negro. Alicia decidió probar un trozo y lo encontró pero que muy seco.

—No creo que sigan peleando hoy —le dijo el Rey a Jama—: ve a decir a los tambores que empiecen. —Y Jama se fue dando brincos como un saltamontes.

Durante un minuto o dos, Alicia permaneció quieta, observándolo. De pronto se animó:

—¡Mirad, mirad! —señaló con insistencia—. ¡Por ahí corre la Reina Blanca atravesando el campo! Ha salido volando de aquel bosque lejano... ¡Qué veloces son estas Reinas!

—Sin duda la persigue algún enemigo —dijo el Rey sin volverse siquiera—. Ese bosque está lleno.

—Pero ¿no va a correr en su ayuda? —preguntó Alicia, asombrada de la calma con que se lo tomaba.

—¡¿Y para qué?! —dijo el Rey—, ¡corre demasiado rápido! ¡Antes se atrapa a un Baitezampa! Pero, si te empeñas, redactaré un memorando... Es

una criatura tan buena —se dijo con ternura mientras abría el libro de memorandos—. ¿Criatura se escribe con *K*?

En ese instante se les acercó el Unicornio con las manos en los bolsillos.

—¿He estado mejor esta vez? —le dijo al Rey, mirándolo de refilón según pasaba por su lado.

—Un poco..., un poco —respondió el Rey, un tanto nervioso—. No debiste atravesarlo con el cuerno, ya sabes.

—Si no le ha dolido... —dijo el Unicornio, despreocupado; y estaba por continuar su camino cuando reparó en Alicia. Entonces se giró de golpe y la estuvo observando un rato con gesto de sumo disgusto.

—¿Qué es... esto? —dijo por fin.

—¡Esto es una niña! —repuso Jala diligente, acudiendo a presentarla y extendiendo ambas manos hacia ella en un típico ademán anglosajón—. La hemos encontrado hoy mismo. ¡Es de tamaño real, y el doble de natural!

—¡Yo creía que eran monstruos fabulosos! —dijo el Unicornio—. ¿Está viva?

—Hasta puede hablar —dijo Jala solemne.

El Unicornio le echó una mirada encandilada a Alicia y dijo:

—Habla, niña.

Alicia no pudo evitar que sus labios esbozaran una sonrisa al decir:

—¿Sabe qué? ¡Yo también creía que los Unicornios eran monstruos fabulosos! ¡Nunca había visto uno vivo!

—Bueno, ahora que ya nos hemos visto, si tú crees en mí, yo creeré en ti. ¿Trato hecho?

—Sí, si a usted le parece —dijo Alicia.

—¡Vamos, saca ya el pastel, abuelo! —continuó diciendo el Unicornio, dirigiéndose al Rey—. ¡Para mí, nada de pan negro!

—¡Ya va, ya va! —farfulló el Rey; y se puso a hacerle gestos a Jala—. ¡Abre esa bolsa! —susurró—. ¡Deprisa! No, esa no: ¡está llena de jengibre!

Jala extrajo un gran pastel de la bolsa y se lo dio a Alicia para que lo sostuviera mientras iba sacando una fuente y un cuchillo de trinchar. Cómo fueron saliendo de allí todas esas cosas era un misterio para Alicia. «Parece un truco de magia», pensó.

Entretanto, el León se les había unido. Parecía muy cansado y soñoliento, y tenía los ojos medio entornados.

—¿Qué es esto? —dijo, mientras miraba a Alicia con un lánguido parpadeo, en un tono hueco y profundo que sonó como el tañido de una enorme campana.

—Ajá, ¿qué es? —chilló, entusiasta, el Unicornio—. ¡Nunca lo adivinarás! Yo no he podido.

El León miró a Alicia con fatiga.

—¿Eres animal..., vegetal... o mineral? —dijo, intercalando un bostezo entre cada palabra.

—¡Es un monstruo fabuloso! —volvió a chillar el Unicornio antes de que Alicia pudiera responder.

—Pues pasa el pastel, Monstruo —dijo el León, y se tumbó apoyando el mentón sobre las garras—. Y vosotros dos, sentaos —y miró al Rey y al Unicornio—. Con el pastel, juego limpio, ¿de acuerdo?

Al Rey no le hizo ninguna gracia tener que sentarse entre las dos grandes bestias, pero no había otro sitio.

—¡Ahora sí que podríamos pelear por la corona! —dijo el Unicornio mirando de reojo la corona que el pobre Rey estaba a punto de perder, de tanto como temblaba.

—Ganaría yo fácilmente —dijo el León.

—No estoy tan seguro —dijo el Unicornio.

—¡Oye, tú, gallina, que te he derrotado por todo el poblado! —se enfadó el León, haciendo amago de levantarse.

Aquí los interrumpió el Rey, para impedir que la disputa recomenzase, pero estaba muy nervioso y le fallaba la voz.

—¿Por todo el poblado? —dijo—. Es una gran distancia. ¿Pasaste por el puente viejo o por el mercado? Desde el puente viejo se ven las mejores vistas.

—Sólo sé que no lo sé —rugió el León, sentándose otra vez—. Había demasiado polvo para poder ver algo. ¡Sí que tarda el Monstruo en cortar ese pastel!

Alicia se había sentado a la orilla de un arroyuelo y, con la gran fuente sobre el regazo, serraba a conciencia el pastel.

—¡Son ganas de provocar! —dijo en respuesta al León (ya se había acostumbrado a que la llamaran el Monstruo)—. Llevo varias porciones cortadas, ¡pero se vuelven a juntar!

—Es que no sabes tratar a los pasteles de Espejo —observó el Unicornio—. Sírvelo primero y córtalo después.

Aunque le parecía un sinsentido, Alicia obedeció, se puso de pie e hizo la ronda con la fuente. Al hacerlo, el pastel se cortó por sí solo en tres pedazos.

—Ahora puedes cortarlo —le dijo el León mientras ella regresaba a su sitio con la fuente vacía.

—Protesto: ¡esto no es justo! —chilló el Unicornio cuando Alicia se sentó con el cuchillo en la mano y sin saber por dónde empezar.

—¡El Monstruo le ha dado al León el doble que a mí!

—Sin embargo, ella no se ha servido nada —dijo el León—. ¿No te gusta el pastel, Monstruo?

Pero antes de que Alicia pudiera hablar, empezaron los redobles de tambor.

No conseguía descubrir de dónde venía ese ruido que parecía llenar todo el aire y le atravesaba la cabeza, ensordeciéndola. Se levantó de golpe y, aterrada, cruzó de un brinco el arroyuelo...

* * * * *
* * * * *
* * * * *

Apenas tuvo tiempo de ver al León y al Unicornio, en pie y furiosos por la interrupción del convite, antes de caer de rodillas con los oídos tapados para acallar en vano el pavoroso estruendo.

«¡Si eso no los echa a redobles del poblado —pensó para sí—, nada lo hará nunca!».

Capítulo VIII

«Es un invento propio»

Al rato, el ruido se fue apagando poco a poco hasta dejarlo todo sumido en un silencio de muerte. Alicia, alarmada, alzó la cabeza. No había nadie a la vista, y lo primero que pensó fue que había estado soñando con el León y el Unicornio y los extraños mensajeros anglosajones. Sin embargo, ahí estaba, a sus pies, esa gran fuente donde había intentado cortar el pastel.

—O sea, que no he estado soñando —se dijo—, salvo..., salvo que todos formemos parte del mismo sueño. ¡Eso sí, espero que sea mi sueño y no el del Rey Rojo! No me gusta pertenecer al sueño de otro —siguió diciendo en tono de queja—. Me pregunto... qué pasará si voy y lo despierto.

En ese instante, unos gritos de «¡Alerta, alerta! ¡Jaque!» interrumpieron sus pensamientos, y un Caballero vestido con armadura carmesí apareció al galope blandiendo una imponente maza. El corcel sobre el que iba montado frenó justo delante de ella.

—¡Eres mi prisionera! —exclamó el Caballero, mientras se caía del caballo.

A pesar de su estupor, Alicia estaba más asustada por él que por ella y observó con cierta preocupación cómo volvía a montar. Una vez repuesto en la silla, recomenzó: «¡Eres mi...!», pero aquí lo interrumpió otra voz al grito de «¡Alerta, alerta! ¡Jaque!», y Alicia miró alrededor con asombro en busca de un nuevo enemigo.

Esta vez se trataba del Caballero Blanco. Cabalgó hasta donde ella estaba y se cayó del caballo exactamente igual que el Caballero Rojo; luego volvió a montar y ambos Caballeros se quedaron sentados mirándose en silencio durante un rato. Alicia, un tanto ofuscada, miraba a uno y a otro.

—Ella es mi prisionera, ¿entiendes? —dijo por fin el Caballero Rojo.

—¡Sí, pero luego he venido yo a rescatarla! —replicó el Caballero Blanco.

—Pues tendremos que luchar por ella —dijo el Caballero Rojo mientras se encasquetaba el yelmo (que llevaba colgando de la silla y tenía forma de cabeza de caballo).

—Supongo que respetarás las Reglas del Combate —dijo el Caballero Blanco, encasquetándose el suyo.

—Siempre las respeto —dijo el Caballero Rojo; y comenzaron a arrear tales mandobles que Alicia se parapetó tras un árbol para ponerse a salvo de los golpes.

—Me pregunto cuáles serán esas Reglas del Combate... —se dijo Alicia, asomándose un poco para seguir la pelea—. Una de ellas debe de ser que si un Caballero acierta el golpe, derriba al otro del caballo, y si yerra, el que se cae es él... Y otra debe de ser que sujetan las mazas bajo la axila como los títeres de cachiporra... ¡Y se derrumban con un ruido! ¡Igual que un juego de atizadores cayendo contra el salvachispas! ¡Y qué tranquilos son sus caballos! ¡Se dejan montar y desmontar como si fueran mesas!

Otra de las Reglas del Combate que había observado Alicia debía de ser que los dos caían siempre de cabeza; y así terminó el combate, cuando ambos cayeron juntos de cabeza. Al incorporarse, se dieron la mano y el Caballero Rojo se marchó al galope.

—Una victoria gloriosa, ¿no es cierto? —dijo el Caballero Blanco, que llegó jadeando.

—No lo sé —dijo Alicia, dudando—. Yo no quiero ser prisionera de nadie. Yo quiero ser una Reina.

—Y lo serás, cuando cruces el siguiente arroyuelo —dijo el Caballero Blanco—. Te escoltaré hasta el final del bosque. Luego he de regresar, ¿sabes? Ahí acaba mi jugada.

—Muchas gracias, de verdad —dijo Alicia—. ¿Quiere que le ayude a quitarse el yelmo? —Era evidente que él solo no iba a poder, así que ella se las ingenió finalmente para quitárselo.

—Ahora respira uno más a gusto —dijo el Caballero, retirándose su desgreñado cabello con ambas manos y volviendo hacia ella su rostro amable y sus grandes ojos dulces. Era el soldado más extraño que jamás

había visto. Llevaba una armadura de latón que no le encajaba del todo, y una cajita de pino de lo más curiosa colgada en bandolera y boca abajo, con la tapa abierta. Alicia la miró con curiosidad.

—Veo que admiras mi cajita —dijo afablemente el Caballero—. Es un invento propio: para guardar ropa y sándwiches. La llevo del revés, ¿ves?, para que no le entre la lluvia.

—Pero así se le saldrán las cosas —observó Alicia con cordialidad—. ¿Sabe que la tapa está abierta?

—No lo sabía —dijo el Caballero con una sombra de agravio surcándole el rostro—. ¡Entonces se habrán caído las cosas! Y sin ellas la caja no sirve para nada. —Se la fue desenganchando mientras hablaba, y estaba a punto de arrojarla a unos arbustos cuando pareció recordar algo y la colgó con cuidado de un árbol—. ¿Adivinas por qué lo he hecho? —le dijo a Alicia.

Alicia sacudió la cabeza.

—Con la esperanza de que unas abejas hagan allí su nido. Así podré recoger la miel.

—¡Pero si lleva un panal... o algo parecido, sujeto a la silla! —dijo Alicia.

—Sí, y es un panal muy bueno —dijo el Caballero en tono de queja—: uno de los mejores. Pero no se le ha acercado ni una sola abeja. Lo otro que llevo es una trampa para ratones. Supongo que los ratones alejan a las abejas... o las abejas a los ratones, no lo sé bien.

—Ya me preguntaba yo para qué sería la trampa de ratones —dijo Alicia—. No parece probable que vaya a haber ratones en la grupa de un caballo.

—No muy probable, tal vez —dijo el Caballero—, pero si los hubiera, me evito que anden correteando por todas partes.

—Verás —dijo tras una pausa—, conviene estar preparado para lo que sea. Por eso lleva el caballo todas esas tobilleras.

—Pero ¿para qué sirven? —preguntó Alicia con creciente curiosidad.

—Para que no le muerdan los tiburones —respondió el Caballero—. Es un invento propio. Y ahora dame la mano. Te acompañaré hasta el final del bosque. ¿Y esa fuente para qué es?

—Es para servir un pastel —dijo Alicia.

—Será mejor que nos la llevemos —dijo el Caballero—. Nos vendrá bien si encontramos algún pastel. Ayúdame a meterla en la alforja.

Esta operación llevó un buen rato porque, aunque Alicia mantenía bien abierta la alforja, el Caballero era sumamente torpe manipulando la fuente: las dos o tres primeras veces que lo había intentado se había caído dentro él mismo.

—Es que apenas hay sitio, ¿comprendes? —dijo cuando finalmente lo lograron—, de tantas velas como hay en la alforja. —Y la colgó de la silla, que ya iba muy cargada con manojos de zanahorias, atizadores de hierro y muchas otras cosas.

—Espero que lleves el pelo bien sujeto —prosiguió cuando iniciaron la marcha.

—Bueno, como de costumbre —sonrió Alicia.

—No sé si será suficiente —dijo él un tanto inquieto—. Es que aquí el viento es muy fuerte. Es tan fuerte como la sopa.

—¿Ha inventado un plan para que no se vuele el pelo? —quiso saber Alicia.

—Aún no —dijo el Caballero—. Pero sí tengo un plan para evitar que se caiga.

—Me encantaría conocerlo.

—Primero has de conseguir un palo recto —dijo el Caballero—. Luego tienes que hacer que el pelo se le trepe, como una enredadera. Porque la razón por la que el cabello se cae es porque cuelga hacia abajo... Nada cae hacia arriba, ¿comprendes? Es un invento propio. Puedes probarlo si quieres.

El plan, pensó Alicia, no sonaba muy cómodo que digamos, y durante unos minutos caminó en silencio, dándole vueltas a la idea y parando a cada rato para ayudar al pobre Caballero, que sin duda muy buen jinete no era.

Cada vez que el caballo se detenía (lo que sucedía a menudo), el Caballero caía de bruces; y cada vez que reiniciaba la marcha (lo que solía hacer sin previo aviso), caía de espaldas. Aparte de eso, se mantenía bastante bien, sin contar con que tenía la costumbre de caer de lado de vez en cuando; y, dado que solía hacerlo del lado por donde iba andando Alicia, ésta pronto comprendió que era mejor no acercarse demasiado al caballo.

—Me temo que no ha practicado usted mucho la equitación —se atrevió a decirle al rescatarlo de su quinta caída.

El Caballero pareció muy sorprendido y algo ofendido por el comentario.

—¿Y por qué dices eso? —preguntó mientras volvía a encaramarse en la montura, agarrándose del cabello de Alicia para no pasarse y caer por el otro lado.

—Porque la gente que ha practicado mucho no se cae tanto.

—Pues yo tengo mucha práctica —dijo, muy serio, el Caballero—, ¡mucha práctica!

A Alicia no se le ocurrió nada mejor que decir que un «¿De veras?», pero eso sí, lo dijo tan animosa como pudo. Durante un rato continuaron en silencio, el Caballero con los ojos cerrados y murmurando para sí y Alicia pendiente de la próxima caída.

—El arte exquisito de la equitación —irrumpió el Caballero con voz tonante y agitando el brazo derecho al hablar— consiste en mantener... — Pero la oración finalizó tan bruscamente como empezó, pues el Caballero acababa de caerse de cabeza con todo su peso justo por delante de Alicia.

Esta vez, ella se asustó. Mientras lo levantaba, le dijo inquieta:

—Espero que no haya huesos rotos.

—Ninguno digno de mención —dijo él, como si no le importara romperse dos o tres—. El arte exquisito de la equitación, como iba diciendo, consiste... en mantener correctamente el equilibrio. Así, de este modo...

Soltó entonces las riendas y extendió ambos brazos para mostrarle a Alicia a qué se refería, y esta vez cayó de espaldas justo entre las patas del caballo.

—¿Mucha práctica? —repetía mientras Alicia le ayudaba a incorporarse—. ¡Muchísima práctica!

—¡Esto es ridículo! —explotó Alicia, perdiendo la paciencia—. ¡Debería montar un caballito de madera con ruedas! ¡Eso es!

—¿Son dóciles los de esa clase? —preguntó muy interesado el Caballero, abrazándose al cogote del caballo para evitar a tiempo una nueva caída.

—Mucho más que los caballos vivos —dijo Alicia sin poder reprimir una risotada.

—Me agenciaré uno —dijo, pensativo, el Caballero—. Uno o dos..., varios.

Siguió un breve silencio, roto nuevamente por el Caballero:

—Soy muy hábil inventando cosas. Bien, imagino que habrás notado que esta última vez que me ayudaste estaba yo un tanto pensativo.

—Un tanto ensimismado, diría yo —dijo Alicia.

—Bueno, es que estaba inventando una nueva manera de saltar una tapia... ¿Quieres que te la cuente?

—Con mucho gusto —dijo Alicia amablemente.

—Te diré cómo se me ha ocurrido... —dijo el Caballero—. Verás, me dije a mí mismo: «La única dificultad está en los pies, porque la cabeza ya está lo bastante alta». O sea, que coloco la cabeza en lo alto de la tapia... Luego, me apoyo sobre la cabeza... Entonces, como ves, los pies ya están a la altura necesaria... Y ya la he pasado, como puedes ver.

—Sí, supongo que si consigue hacer todo eso, la habrá pasado —dijo Alicia, pensativa—. ¿Pero no cree que será un poco complicado?

—No lo he intentado aún —dijo muy serio el Caballero—, así que no puedo decírtelo con certeza. Pero sí, seguramente será un poco complicado.

Parecía tan decepcionado que Alicia cambió rápidamente de tema:

—¡Qué yelmo tan curioso! —dijo con entusiasmo—. ¿También es un invento propio?

El Caballero contempló orgulloso el yelmo que colgaba de la silla.

—Sí —dijo—, pero he inventado uno aún mejor que ése, como un panquemado. Cuando lo usaba, si me caía del caballo, siempre iba directo al suelo. Así que lo que me quedaba por caer era muy poco, ¿comprendes? Pero seguía corriendo el peligro de caer dentro de él, lo que me ocurrió en una ocasión; y lo peor de todo fue que, antes de que pudiera salir, vino el otro Caballero Blanco y se lo puso. Creyó que era su yelmo.

El Caballero se había expresado con tal solemnidad que Alicia no se atrevió a reírse.

—Imagino que usted le haría daño —dijo con voz trémula—, al estar encima de su cabeza.

—Tuve que patearlo, desde luego —dijo muy serio el Caballero—. Así que él volvió a quitarse el yelmo, pero tardaron horas y horas en sacarme de dentro. Fui más veloz que..., que el rayo, ¿sabes?

El Caballero meneó la cabeza.

—¡Lo mío era velocidad a raudales, te lo aseguro! —dijo.

Mientras lo decía, alzó las manos con excitación e inmediatamente rodó montura abajo y quedó tendido en una profunda zanja.

Alicia corrió a buscarlo al borde de la zanja. La caída le había sorprendido porque el Caballero llevaba un rato sin sufrir contratiempos, y temió que esta vez se hubiera hecho daño de verdad. Sin embargo, aunque sólo logró verle las plantas de los pies, le alivió mucho oírle hablar con su tono habitual.

—Velocidad a raudales —repetía—. Pero fue poco atento por su parte ponerse el yelmo de otro hombre... Con el hombre dentro, además.

—¿Cómo puede usted seguir hablando tan tranquilo estando cabeza abajo? —preguntó Alicia mientras lo sacaba de la zanja por los pies y lo recostaba sobre un montículo.

El Caballero se mostró sorprendido ante la pregunta.

—¿Qué importancia tiene dónde pueda estar mi cuerpo? —dijo—. Mi mente continúa trabajando. De hecho, cuanto más cabeza abajo estoy, más cosas invento... Y lo más ingenioso que he hecho nunca —prosiguió tras una pausa— fue inventar un nuevo consomé durante el segundo plato.

—¿A fin de que estuviera listo para el siguiente plato? —dijo Alicia.

—Bueno, no para el siguiente plato —dijo lenta y pensativamente el Caballero—. No, de ningún modo para el siguiente plato.

—Entonces tendría que ser para el día siguiente. Supongo que no pretenderá servir dos consomés en una misma comida.

—Bueno, tampoco para el día siguiente —volvió a decir el Caballero en el mismo tono—. No para el día siguiente. De hecho —continuó, con la cabeza gacha y la voz cada vez más grave—, ¡dudo que ese consomé haya llegado a prepararse! ¡Es más, no creo que llegue a prepararse nunca! Aun así, hay que reconocer que fue muy meritorio inventarlo.

—¿Y qué llevaba? —preguntó Alicia con la esperanza de levantarle el ánimo, pues el Caballero se había venido bastante abajo.

—Lo primero, papel secante —musitó el Caballero.

—Eso no sería muy agradable, la verdad...

—No sería muy agradable solo —interrumpió con brío el Caballero—, pero ni te imaginas cómo cambia si lo mezclas con otras cosas, como pólvora o lacre. Bueno, pues aquí te dejo.

Habían llegado al final del bosque.

Alicia no había perdido la expresión de asombro: seguía pensando en el consomé.

—Oh, te has puesto triste —exclamó el Caballero—; te cantaré una canción para alegrarte.

—¿Es muy larga? —preguntó Alicia, que ya había cubierto con creces su cupo de poesía diario.

—Es larga —dijo el Caballero—, pero muy muy bonita. Todos los que me oyen cantarla... o bien se ponen a lagrimear o...

—¿O qué? —dijo Alicia ante la súbita pausa.

—O no se ponen, ¿entiendes? El nombre de la canción se llama «Ojos de abadejo».

—Así que ése es el nombre de la canción —dijo Alicia, aparentando interés.

—No, no. No lo entiendes —dijo el Caballero, un tanto decepcionado—. Así es como se llama el nombre. En realidad, el nombre es «Un señor muy muy viejales».

—O sea, que yo debería haber dicho: «Así es como se llama la canción» —se corrigió Alicia.

—No, no deberías; ¡eso es una cosa muy distinta! La canción se llama «Medios y maneras». ¡Pero así es sólo como se llama!

—Muy bien. ¿Cuál es la canción, entonces? —dijo Alicia, ya del todo desquiciada.

—A eso iba —dijo el Caballero—. La canción es, concretamente, «Sentado en una tapia», y la melodía es un invento propio.

Al decir esto, detuvo su caballo y dejó caer las riendas sobre su cuello. Luego, marcando lentamente el ritmo con una sola mano y esbozando una débil sonrisa que iluminaba su cara de tonto como si disfrutase de la música, empezó.

De todas las cosas raras que había visto Alicia en su viaje a través del Espejo, ésta es la que siempre recordaría con más claridad. Años más tarde iba a ser capaz de rememorar la escena como si hubiera ocurrido el día anterior: los dulces ojos azules y la blanda sonrisa del Caballero, el sol poniente brillando a través de su cabello, y el reflejo en la armadura, que la había deslumbrado de tan intenso como era. El caballo deambulando por ahí, pastando a sus pies con las riendas colgando del cuello; y, detrás, las negras sombras del bosque. Alicia incorporó todo esto como si de un cuadro se tratara: recostada en la hierba con una mano haciendo de visera, contemplaba a la extraña pareja y escuchaba, casi en sueños, la melancólica música de la canción.

«Pero la melodía no es un invento propio —se dijo para sí—. Es la tonada de “Los zapatos que calzan los gatos”». Y, aunque se puso de pie para escuchar más atentamente, no hubo modo de que lagrimeara.

*Todo todo he de contarte:
Hay muy poco que decir.
A un señor muy muy viejales
Sentado en la tapia vi.
«¿Quién es, señor —le pregunto—,
Y cómo es que vive usted?».
Su respuesta fue un discurso
Que yo no escuché muy bien.*

*Dijo: «Cazo mariposas
Que dormitan en el trigo;
Hago tortitas sabrosas
Y las vendo en el camino.
Las vendo a los hombres de mar
Que atraviesan las borrascas.
Así es como me gano el pan...
O, digamos, las migajas».*

*Pero yo estaba pensando
En llevar patillas verdes*

*Y en disimularlas bajo
Un sombrero de merengue.
Así que, sin oír palabra
De lo que el viejo decía,
Grité: «¿Cómo vives?, ¡habla!»,
Y le di en la coronilla.*

*Él retomó su relato
Y dijo: «Voy a mi antojo,
Y en el monte los regatos
A fuego lento los doro.
De ahí sale el célebre Aceite
De Macassar para el pelo,
Pero no gano ni veinte
Monedillas por mi esfuerzo».*

*Pero yo pensaba el modo
De vivir de masa cruda
Y de a poco hacerme gordo
Día a día y en ayunas.
Lo agité con tanto brío
Que se le arrugó la tez:
«¡Cómo diantre vive, digo,
Y a qué se dedica usted!».
«Yo cazo ojos de abadejo
Allá en el prístino césped,
Y hago botón de chaleco
De noche y calladamente.
Mas no los vendo por oro
Ni por florines de plata;
Por un penique tan sólo,
Puede adquirir nueve cajas».
«Perforo en busca de crema,*

*Pesco cangrejos con lazo,
Y rebusco entre la hierba
Un taxi desocupado.
De estas cosas —me hizo un guiño—
Se alimenta mi riqueza.
Y ahora bebería un vino
En honor a Su Excelencia».*

*Lo escuché porque acababa
De esbozar un nuevo invento:
Quitar la mugre a la Mancha
Metiéndola en vino hirviendo.
Le agradecí la franqueza
Con que relató su albur
Y más aún la nobleza
De brindar a mi salud.*

*Cuando me encuentro metiendo
Mis deditos en engrudo
O encajando el pie derecho
En un zapatito zurdo,
O me aplasto el dedo gordo
Bajo un peso insoportable,
Se me humedecen los ojos
Pues me acuerdo del viejales
Bonachón y de habla lenta,
De blanquísimos cabellos
Y apariencia de corneja,
Mirando con desconsuelo,
Consumido por la pena.
Iba meciendo su cuerpo
Y echando su cantilena
Con la boca llena de heno,*

*Venga a rumiar como foca,
Aquella tarde remota...
Sentado en una tapia.*

Mientras apuraba los últimos versos de la balada, el Caballero recogió las riendas y dirigió la cabeza de su caballo en la dirección en la que habían venido.

—Te quedan apenas unos pasos —dijo—. Ve colina abajo, cruzas aquel arroyo y ya serás Reina. —Luego añadió, al ver que Alicia se volvía ansiosa hacia donde él le había señalado—: ¿Te importaría esperar a que me aleje? No tardaré nada. Espérate y agita tu pañuelo cuando llegue a ese recodo del camino. Creo que eso me dará ánimos, ¿sabes?

—Claro que esperaré —dijo Alicia—; y muchas gracias por acompañarme hasta aquí... Y por la canción: me ha gustado mucho.

—Ojalá —dijo el Caballero dubitativo—, aunque no lloraste tanto como yo esperaba.

Entonces se dieron la mano y el Caballero se alejó lentamente bosque adentro. «No tardará mucho, espero —se dijo Alicia, firme en su sitio—. ¡Ahí va otra vez! ¡De cabeza, como de costumbre! Aunque se recupera bastante rápido... Eso le pasa por llevar tantas cosas colgando del caballo...». Y fue hablando para sí mientras seguía con la vista el andar despreocupado del caballo y las sucesivas caídas del Caballero, hacia un lado primero y luego hacia el otro. Tras la cuarta o quinta caída, caballo y jinete llegaron al recodo y ella agitó su pañuelo hasta que los perdió de vista.

—Ojalá esto lo haya animado —dijo Alicia mientras se volvía para correr colina abajo—. ¡Y ahora, el último arroyuelo, y a convertirme en Reina! ¡Qué grandioso suena!

En pocos pasos se plantó a la orilla del arroyuelo.

—¡Ah, por fin la Octava Casilla! —exclamó mientras cruzaba

* * * * *
* * * * *
* * * * *

y se echaba a descansar en un pradito mullido como el musgo, con lechos de flores distribuidos aquí y allá.

—¡Qué alegría haber llegado hasta aquí! Pero... ¿qué es lo que tengo en la cabeza? —dijo, pasmada, tanteando una cosa pesada que le ceñía la cabeza—. ¿Pero cómo ha podido llegar hasta aquí sin que me diera ni cuenta? —se dijo mientras se la quitaba y la colocaba en su regazo para examinarla.

Era una corona dorada.

Capítulo IX

La Reina Alicia

—¡Bueno, bueno, bueno! ¡Esto es grandioso! —dijo Alicia—. No esperaba convertirme en Reina tan pronto. Y os diré más, Su Majestad —continuó toda seria (le encantaba regañarse)—, ¡no os favorece en absoluto iros revolcando así por el césped! ¡Una Reina ha de mantener la dignidad!, ¿no os parece?

Así que se puso de pie y dio algunos pasos, algo rígidamente al principio, pues temía que se le fuera a caer la corona, aunque se tranquilizó pensando que nadie la veía.

—Además, si de verdad soy una Reina —se dijo, volviendo a sentarse—, con el tiempo lo sabré hacer muy bien.

Todo ocurría de un modo tan extraño que no se sorprendió lo más mínimo cuando vio a la Reina Roja y a la Reina Blanca sentadas a su lado. Le habría encantado poder preguntarles cómo habían llegado hasta allí, pero temió resultar poco cortés. Sin embargo, pensó que no pasaría nada por preguntar si se había acabado la partida.

—Por favor, ¿podrías decirme?... —balbuceó, dirigiéndose a la Reina Roja.

—¡Habla sólo cuando te hablen! —la interrumpió con brusquedad la Reina Blanca.

—Pero si todo el mundo obedeciera esa regla —dijo Alicia, siempre dispuesta a iniciar una discusión—, y si tú hablas sólo cuando te hablan, y la otra persona espera a que tú hables primero, lo que pasaría es que nadie diría nada nunca, así que...

—¡Ridículo! —chilló la Reina—. ¿Acaso no ves, criatura...? —y aquí frunció el ceño y, tras pensarlo un instante, cambió por completo de tema—.

¿A qué te refieres con eso de «Si eres realmente una Reina»? ¿Qué derecho tienes para llamarte así? No puedes ser Reina, escúchame bien, hasta que no pases el correspondiente examen. Y cuanto antes nos pongamos a ello, mejor.

—¡Pero yo sólo he dicho «si...»! —se defendió la pobre Alicia.

Las dos Reinas intercambiaron miradas y la Reina Roja, con un ligero estremecimiento, recalcó:

—Ella dice que sólo ha dicho «si...».

—¡Cuando ha dicho mucho más que eso! —gruñó la Reina Blanca, retorciéndose las manos—. ¡Oh, sí, muchísimo más que eso!

—Lo has hecho, ¿sabes? —le dijo la Reina Roja—. Di siempre la verdad, piensa antes de hablar... y luego lo escribes.

—Pero es que yo no quería darle el sentido que... —empezó a decir Alicia, pero la Reina Roja la interrumpió impaciente.

—¿Lo ves? ¡Precisamente de eso me quejo! ¡Debiste darle el sentido! ¿De qué crees que sirve una niña sin ningún sentido? Hasta una broma debería tener algún sentido. Y una niña es más importante que una broma, o eso espero. Dudo mucho que puedas negarlo, ni aunque lo intentes con ambas manos.

—Yo no niego cosas con mis manos —protestó Alicia.

—Nadie ha dicho que lo hicieras —dijo la Reina Roja—. Yo he dicho que no podrías ni aunque lo intentaras.

—Está en uno de esos momentos —dijo la Reina Blanca— en que necesita negar algo. ¡Da igual que no sepa el qué!

—Un carácter arisco y pernicioso —manifestó la Reina Roja; y durante un minuto o dos se hizo un silencio incómodo.

La Reina Roja lo rompió dirigiéndose a la Reina Blanca:

—Te invito esta tarde al banquete de Alicia.

La Reina Blanca sonrió débilmente y respondió:

—Y yo te invito a ti.

—No sabía yo que fuera a dar un banquete —dijo Alicia—; pero si es así, debería ser yo quien invitara a los asistentes.

—Te hemos dado la oportunidad de hacerlo —señaló la Reina Roja—, pero me atrevería a decir que no has recibido muchas clases de buenos

modales, ¿me equivoco?

—Los modales no se aprenden en clase —dijo Alicia—. En clase te enseñan a sumar, restar y todo eso.

—¿Y hacéis Adiciones? —preguntó la Reina Blanca—. ¿Cuánto es uno y uno?

—No lo sé —dijo Alicia—. He perdido la cuenta.

—No sabe hacer Adiciones —interrumpió la Reina Roja—. ¿Y Sustracciones? Quítale nueve a ocho.

—No puedo quitarle nueve a ocho, ¿de acuerdo? —se apresuró a responder Alicia—, pero...

—Tampoco sabe hacer Sustracciones —dijo la Reina Blanca—. ¿Y Divisiones? Una rodaja dividida por un cuchillo: ¿cuánto da?

—Supongo... —empezó a aventurar Alicia; pero la Reina Roja respondió por ella—: Pan y mantequilla, evidentemente. A ver, otra Sustracción. Quítale un hueso a un perro: ¿qué queda?

Alicia razonó:

—El hueso no quedaría, desde luego, si es lo que quito. Y el perro tampoco, porque vendría a mordirme. ¡Y seguramente yo tampoco debería quedarme!

—Entonces, ¿crees que no quedaría nada? —dijo la Reina Roja.

—Creo que esa es la respuesta, sí.

—Pues te equivocas, como de costumbre —dijo la Reina Roja—: quedarían los nervios del perro.

—No entiendo cómo...

—¿Ah, no? ¡Ya verás! —gritó la Reina Roja—. El perro perdería los nervios, ¿verdad?

—Tal vez —dijo Alicia con cautela.

—¡Por tanto, si el perro se marcha, quedan sus nervios! —dijo la Reina, triunfal.

Alicia, tan seriamente como le fue posible, dijo:

—También podría ser que se fueran cada cual por su lado. —Aunque en el fondo no dejaba de pensar: «¡Qué tonterías más grandes estamos diciendo!».

—¡No sabe sumar ni esto poco! —dijeron ambas Reinas con mucho énfasis.

—Y vosotras, ¿sabéis sumar? —dijo Alicia, interpellando de pronto a la Reina Blanca, porque no le gustaba nada que la corrigiesen todo el tiempo.

La Reina hizo glup y cerró los ojos:

—Yo, si me das algo de tiempo, puedo hacer Adiciones; pero no hago Sustracciones ¡bajo ningún concepto!

—Imagino que te sabrás el ABC —dijo la Reina Roja.

—Por supuesto que sí —dijo Alicia.

—Y yo —susurró la Reina Blanca—; a menudo lo recitamos juntas, querida. Y te diré un secreto: ¡sé leer palabras de una sola letra! ¿No es grandioso? Pero, mira, no te desilusiones. Ya verás cómo tú también lo consigues.

La Reina Roja volvió a la carga:

—¿Puedes responder preguntas útiles? —dijo—. ¿Cómo se hace el pan?

—¡Eso lo sé! —dijo Alicia con entusiasmo—. Hace falta un poco de harina...

—¿Y de dónde extraes la arena? —preguntó la Reina Blanca—. ¿Del mar o de los ríos?

—Es que la harina no se extrae —explicó Alicia—: Primero la muel...

—¿Se extraen las muelas? ¿Y cuántas? —dijo la Reina Blanca—. No puedes descuidar tantos detalles.

—¡Hay que abanicarle la cabeza! —interrumpió angustiada la Reina Roja—. Tendrá fiebre de tanto pensar.

De modo que se pusieron manos a la obra y la abanicaron con manojos de ramas hasta que Alicia tuvo que rogarles que lo dejaran ya porque le estaban alborotando el pelo.

—Mira, ya vuelve a estar bien —dijo la Reina Roja—. ¿Sabes Idiomas? ¿Cómo se dice *Tururú* en francés?

—*Tururú* no es inglés —dijo, muy seria, Alicia.

—¿Y quién ha dicho que lo fuera? —dijo la Reina Roja.

Esta vez, Alicia entrevió una salida honrosa:

—¡Si me decís en qué idioma está *Tururú*, yo os lo diré en francés! — exclamó triunfal.

Pero la Reina Roja se compuso con altivez y dijo:

—Las Reinas no regatean.

«Ojalá tampoco hicieran tantas preguntas», pensó Alicia.

—No discutamos, por favor —dijo la Reina Blanca, inquieta—. ¿Cuál es la causa de los relámpagos?

—La causa de los relámpagos —dijo Alicia con decisión, porque estaba bastante segura de saberlo— son los truenos... ¡No, no! —se corrigió—: ¡al revés!

—Ya es tarde para corregirlo —dijo la Reina Roja—; cuando uno dice algo, queda fijado, y hay que afrontar las consecuencias.

—Lo cual me recuerda... —dijo la Reina Blanca, bajando la mirada y entrelazando nerviosamente las manos—, que tuvimos tal tormenta el martes pasado..., quiero decir, en uno de los últimos montones de martes...

Alicia se sorprendió.

—En nuestro país —recalcó—, sólo tenemos los días de uno en uno.

La Reina Roja dijo:

—Qué manera más pobretona de hacer las cosas... En cambio, aquí solemos tener entre dos y tres noches o días a la vez, y hay veces en invierno en que juntamos hasta cinco noches. Para estar más calentitos, ¿sabes?

—¿Quiere eso decir que cinco noches son más cálidas que una? —se atrevió a preguntar Alicia.

—Cinco veces tan cálidas, claro está.

—Pero por la misma regla, deberían ser cinco veces tan frías.

—¡Tal cual! —exclamó la Reina Roja—. Cinco veces tan cálidas y cinco veces tan frías. ¡Del mismo modo que yo soy cinco veces tan rica como tú y cinco veces tan lista!

Alicia se rindió con un suspiro. «¡Es como un acertijo sin solución!», pensó.

—Humpe Dante también la vio —prosiguió la Reina Blanca en voz muy baja, como si estuviera hablando consigo misma—. Y se presentó en la puerta con un sacacorchos en la mano.

—¿Qué quería? —preguntó la Reina Roja.

—Dijo que entraría —continuó la Reina Blanca—, porque estaba buscando un hipopótamo. Pero resulta que aquella mañana no había nada de eso en la casa.

—¿Pero suele haberlo? —preguntó azorada Alicia.

—Bueno, sólo los jueves —dijo la Reina.

—Yo sé a qué había ido —dijo Alicia—: a castigar a los pececillos, pues...

Pero la Reina Blanca insistió:

—¡Fue una tormenta tal que no quiero ni pensar! —«Nunca ha podido, ¿sabes?», dijo la Reina Roja—. ¡Y como se voló parte del tejado, entraron un montón de relámpagos... y empezaron a girar por la sala en grandes gajos..., tumbando las mesas y todas las cosas... hasta que, del miedo que tenía, yo ya no recordaba ni mi nombre!

«¡A mí jamás se me ocurriría tratar de recordar mi nombre en mitad de un accidente! —pensó Alicia—. ¿De qué me serviría?». Pero no lo dijo en voz alta para no herir los sentimientos de la pobre Reina.

—Su Majestad tenga a bien excusarla —le dijo la Reina Roja a Alicia, tomando una de las manos de la Reina Blanca entre las suyas y acariciándola suavemente—: sus intenciones son buenas, pero por regla general no puede evitar decir tonterías.

La Reina Blanca miró con timidez a Alicia, que se sintió obligada a decir algo amable. Pero no se le ocurrió nada.

—El problema es que no la criaron bien —continuó la Reina Roja—, ¡pero tiene tan buen carácter! Dale unas palmaditas en la cabeza y verás cómo lo agradece. —Sin embargo, Alicia no se atrevía a tanto.

—Un poco de cariño... y unos buenos tirabuzones en el pelo... obran milagros en ella.

La Reina Blanca lanzó un profundo suspiro y apoyó su cabeza en el hombro de Alicia:

—¡Tengo tanto sueño! —dijo.

—¡Está cansada, pobrecilla! —dijo la Reina Roja—. Acaríciate el cabello, préstale tu gorro de dormir y cántale una bonita nana que la calme.

—No he traído el gorro —dijo Alicia, que había empezado por obedecer la primera indicación—; y no conozco ninguna nana que pueda calmarla.

—Tendré que hacerlo yo, entonces —dijo la Reina Roja, y comenzó:

¡Duerme, mi reina, duérmete ya!

Haz una siesta y ya cenarás.

Luego hay un baile y acudirán

Todos: ¡Alicia, las Reinas y tal!

—Y ahora que ya sabes la letra —añadió, mientras apoyaba su cabeza en el otro hombro de Alicia—, cántamela a mí, que yo también tengo sueño. —Y un instante después, ambas Reinas dormían a todo roncar.

—¿Qué hago ahora? —se preguntó Alicia, mirando perpleja a su alrededor mientras una cabeza primero y la otra después se deslizaban hombros abajo hasta caer pesadamente sobre su regazo—. ¡No creo que nadie nunca haya tenido que atender a dos Reinas dormidas a la vez! ¡Ni en toda la Historia de Inglaterra! Imposible, porque nunca hubo más de una Reina al mismo tiempo. ¡Despertad, pesadas! —les dijo con impaciencia, pero no obtuvo por respuesta más que un suave ronquido.

El ronquido fue cobrando intensidad y cada vez se iba pareciendo más a una melodía, hasta que Alicia fue capaz de seguir la letra. Estaba tan concentrada escuchando que no se dio ni cuenta de que las dos cabezotas se esfumaban de su regazo.

Estaba de pie ante un portal en arco en cuyo dintel se leía, en grandes letras, «REINA ALICIA»; a ambos lados del portal había una campanilla: en una se leía «Visitas» y en la otra, «Sirvientes».

—Esperaré a que acabe la canción —pensó Alicia—, y luego llamaré... a... ¿a qué campanilla debo llamar? —se preguntó, sorprendida por sus nombres—. Ni soy una visita ni un sirviente. Debería haber una en la que pusiera «Reina», ¿no?

Justo entonces, la puerta se entreabrió un poquitín y una criatura de largo pico asomó la cabeza un instante y dijo:

—¡Prohibido el acceso hasta la semana siguiente a la próxima! —Y la volvió a cerrar de un portazo.

Alicia se pasó un buen rato llamando y golpeando en vano hasta que al fin una Rana muy vieja, que estaba sentada debajo de un árbol, se incorporó y se acercó a ella cojeando lentamente. Vestía de amarillo brillante y calzaba unas botas enormes.

—¿Qué ocurre? —dijo la Rana con un suspiro ronco y profundo.

Alicia se dio la vuelta, preparada para escuchar algún reproche.

—¿Dónde está el sirviente que se encarga de responder a la puerta? —preguntó irritada.

—¿Qué puerta? —dijo la Rana.

Arrastraba tanto las palabras al hablar que Alicia casi le salta encima.

—¡Pues ésta! ¿Cuál va a ser?

La Rana contempló la puerta durante un instante con sus grandes ojos saltones; luego se acercó un poco más y la arañó un poco con el pulgar, como si quisiera comprobar si se le saltaba la pintura. Luego miró a Alicia.

—¿Para responder a la puerta? —dijo—. ¿Y qué se le pregunta? —Su voz era tan ronca que Alicia apenas podía oírla.

—Disculpe, no comprendo —dijo.

—Yo habla inglés, ¿no así? —prosiguió la Rana—. ¿O estás sorda? ¿Qué te ha preguntado?

—¡Nada! —dijo Alicia con impaciencia—. ¡Yo he estado golpeando!

—No has debido..., no has debido... —murmuró la Rana—. Le faces daño, ¿sabes? —Entonces le dio una patada a la puerta con uno de sus enormes pies—. Si la dejas sola —jadeó mientras regresaba a su árbol—, te dejará sola a ti, ¿sabes?

En ese preciso instante, la puerta se abrió de par en par y se oyó una voz chillona que cantaba:

Así le dijo Alicia al mundo del Espejo:

«Ya tengo la corona, también empuño el cetro;

¡Que todas las criaturas, no importa lo que sean,

Conmigo y con las Reinas, acudan a la cena!».

Y cientos de voces se unieron en coro:

«Llenemos pues las copas, hagámoslo deprisa,

*Reguemos bien la mesa con témpanos y tizas,
Que tenga el té ratones y gatos el café...
¡Brindemos por Alicia, tres veces treinta y tres!».*

A continuación se sucedieron ruidosos brindis y Alicia pensó: «Tres veces treinta y tres hace noventa y nueve. Me pregunto si alguien lleva la cuenta». Un instante después se hizo nuevamente el silencio y la misma voz chillona cantó otra estrofa:

*¡Criaturas del Espejo, venid más cerca, vamos!
Honor es escucharme, y verme es un regalo.
¡Es todo un privilegio cenar y estar de fiesta
Y compartir el té conmigo y con las Reinas!».*

Y el coro irrumpió otra vez:

*«Llenemos pues las copas de tinta y de melaza,
O de cualquier sustancia que agrade a la garganta:
Mezclemos vino y lino, y arena con aceite,
¡Salud, oh Reina Alicia, noventa veces nueve!»*

—¡Noventa veces nueve! —repitió Alicia, desolada—. ¡Esto no va a acabar nunca! Será mejor que entre ahora mismo. —Y así lo hizo. En cuanto apareció, se produjo un silencio de muerte.

Alicia atravesó el largo salón sin dejar de lanzar nerviosas miradas a la mesa. Descubrió que había unos cincuenta huéspedes, todos muy variados: había entre ellos animales, aves e incluso algunas flores. «Me alegro de que hayan venido sin esperar a ser invitados —pensó—. ¡Yo nunca habría sabido a quién invitar y a quién no!».

Había tres asientos en la cabecera de la mesa. Las Reinas Roja y Blanca ya habían ocupado los suyos, pero el del medio permanecía vacío. Alicia lo ocupó, un tanto incómoda por el imponente silencio y deseosa de que alguien tomara la palabra.

Por fin, la Reina Roja lo hizo.

—Te has perdido la sopa y el pescado —dijo—. ¡Servid la pata! —Y los camareros depositaron una pierna de cordero asado delante de Alicia, que la miró angustiada porque jamás había trinchado una.

—¡Huy, qué tímida! Ya te presentaré yo a esa pierna de cordero —dijo la Reina Roja—. Alicia... Cordero. Cordero... Alicia.

La pierna de cordero se irguió en el plato y le hizo una pequeña reverencia. Alicia le devolvió el saludo, sin saber si debía asustarse o divertirse.

—¿Os puedo ofrecer una tajada? —dijo con los cubiertos en las manos y mirando a una y a otra Reina.

—Desde luego que no —dijo la Reina Blanca, muy decidida—; no es de etiqueta cortarle una tajada a quien te acaban de presentar. ¡Llevaos la pata!

Los camareros la retiraron y la reemplazaron por un enorme pastel de ciruelas.

—No me presentéis al pastel, por favor —se apresuró a decir Alicia—, o no vamos a comer nada. ¿Os sirvo un poco?

Pero la Reina Roja la miró enfurruñada y gruñó:

—Pastel... Alicia. Alicia... Pastel. ¡Llevaos el pastel!

Los camareros lo retiraron con tanta prisa que Alicia no tuvo tiempo de devolverle la reverencia.

Sin embargo, no veía por qué iba a ser la Reina Roja la única en dar órdenes, así que, a modo de experimento, exclamó:

—¡Camarero! ¡Vuelva a traer el pastel! —Y allí estaba otra vez frente a ella como por arte de magia. Era tan grande que no pudo evitar sentirse un poco tímida, igual que con el cordero; pero haciendo un gran esfuerzo superó su vergüenza, cortó una porción y se la ofreció a la Reina Roja.

—¡Qué impertinencia! —dijo el Pastel—. ¡Me pregunto cómo te sentirías tú, criatura, si yo te cortara a ti una porción!

Su voz era gruesa y cremosa, y como Alicia no supo qué responderle, se limitó a sentarse, tragó saliva y lo miró estupefacta.

—Vamos, di algo —le dijo la Reina Roja—. No dejarás que toda la conversación la lleve el pastel: ¡es ridículo!

—Pues el caso es que me han recitado tal cantidad de poesías hoy —empezó a decir Alicia, algo aterrada al comprobar que se volvía a hacer el silencio y todas las miradas estaban pendientes de ella—, y me parece que es bastante curioso que... todos los poemas tuvieran algo que ver con peces. ¿Podría decirme alguien por qué aprecian tanto el pescado por aquí?

Se había dirigido a la Reina Roja, cuya respuesta dejó mucho que desear.

—En lo relativo a peces —dijo con gran solemnidad y parsimonia, y hablando a Alicia casi al oído—, su Blanca Majestad sabe un simpático acertijo, todo en verso, que es todo sobre peces. ¿Quieres que lo recite?

—Su Roja Majestad es muy amable al mencionarlo —murmuró la Reina Blanca en el otro oído de Alicia con una voz que sonaba a arrullo de paloma—. ¡Me daría tanto gusto...! ¿Puedo?

—Adelante, por favor —la alentó Alicia amablemente.

La Reina Blanca rio encantada y le pellizcó la mejilla. Luego recitó:

«Primero se pesca el pescado».

Qué bien, qué sencillo, un bebé puede hacerlo.

«Después tocará ir a comprarlo».

Sencillo también: cuesta poco dinero.

«¡Ahora, a freír el pescado!».

Qué fácil de hacer: sólo tarda un momento.

«¡Luego ponlo plano en el plato!».

Más fácil aún, pues ya estaba allí puesto.

«¿Lo traes, que quiero cenar?».

Es fácil llevar este plato a la mesa.

«¡Deprisa, destápalo ya!».

¡Lo siento, lo intento y no creo que pueda!

Se aferra a la tapa muy fuerte

Y está tan pegado que no logro abrirlo.

Aquel que destape la fuente

Sabrás si ha pescado o no el acertijo.

—Tómame un minuto o dos para pensarlo y luego nos lo dices —dijo la Reina Roja—. Mientras tanto beberemos... ¡A la salud de la Reina Alicia! ¡Bebámonos su salud! —chilló llevando al límite la voz; y todos los invitados se la bebieron directamente, aguzando el ingenio de las maneras más curiosas: algunos posaron la copa en sus cabezas como apagavelas y bebieron lo que chorreaba por sus rostros; otros pusieron boca abajo los escanciadores y bebieron el vino que se derramaba por los bordes de la

mesa; y tres de ellos (con aspecto de canguro) se zambulleron en la fuente de cordero asado y empezaron a chapotear en la salsa. «¡Como cerdos en su pocilga!», pensó Alicia.

—Deberías dar el consabido discurso de agradecimiento —le dijo la Reina Roja, frunciendo el ceño.

—Vamos a apoyarte, ya sabes —susurró la Reina Blanca mientras Alicia se ponía en pie, muy obediente pero algo asustada.

—Gracias —susurró Alicia a su vez—, pero creo que me las arreglaré sola.

—No bastará con eso —comentó, muy segura de sí, la Reina Roja; así que Alicia intentó poner todo cuanto pudo de su parte.

«¡Y vaya si apoyaban! —comentaría luego, al contarle la historia del festín a su hermana—. ¡Parecía que querían dejarme plana!».

En efecto, le estaba resultando bastante complicado mantenerse en su sitio mientras hablaba, porque las dos Reinas empujaban tanto, cada cual por su lado, que casi la hacen salir volando.

—Me elevo para daros las gracias... —empezó; y era del todo cierto: se estaba elevando unos cuantos centímetros, pero se agarró al borde de la mesa y consiguió tocar tierra otra vez.

—¡Ponte a salvo! —chilló la Reina Blanca, tirando del pelo de Alicia con ambas manos—. ¡Algo está a punto de suceder!

Y acto seguido (tal como describiría Alicia después), sucedió de todo. Todas las velas crecieron hasta el techo: parecían una mata de juncos con bengalas en las puntas. En cuanto a las botellas, cada una se colocó a toda prisa un par de platos a modo de alas y, con dos tenedores por patas, empezaron a revolotear por todas partes; «y son clavaditas a unos pájaros», se dijo Alicia como pudo, pues se estaba organizando una buena.

En eso estallaron unas groseras risotadas a su lado y, al volverse para ver qué le ocurría a la Reina Blanca, descubrió que, en lugar de la Reina, ocupaba el asiento una pierna de cordero.

—¡Estoy aquí! —exclamó una voz desde la sopera, y Alicia se volvió nuevamente, justo a tiempo para ver cómo la cara anchota y amable de la Reina le sonreía durante unos segundos desde el borde y desaparecía al momento dentro de la sopa.

No había un segundo que perder. Ya había unos cuantos comensales tumbados sobre los manjares y el cucharón avanzaba por la mesa hacia el asiento de Alicia, haciéndole aspavientos para que se apartase.

—¡Ya no lo soporto más! —gritó ella, al tiempo que tomaba el mantel con ambas manos. De un enérgico tirón, platos, fuentes, invitados y velas cayeron al suelo apilados en un montón.

—Y en cuanto a ti... —continuó, volviéndose con fiereza hacia la Reina Roja, a quien consideraba la culpable de toda esa debacle. Pero la Reina ya no estaba a su lado: se había reducido de golpe al tamaño de una muñeca y corría en círculos sobre la mesa, tratando por todos los medios de atrapar su propio chal, que se arrastraba tras ella.

En cualquier otra ocasión, esto habría sorprendido a Alicia, pero en ese momento estaba demasiado excitada para dejarse sorprender por algo.

—En cuanto a ti —repitió, atrapando a la criaturilla justo cuando intentaba saltar por encima de una botella que acababa de posarse en la mesa—, te sacudiré como a una gatita, ¡eso es lo que haré!

Capítulo X

Zarandeo

Y, dicho y hecho, la levantó de la mesa y empezó a sacudirla hacia atrás y adelante con todas sus fuerzas. La Reina Roja no opuso la menor resistencia; si acaso, su cabeza se redujo aún más y sus ojos se volvieron grandes y verdes. Y así, a medida que Alicia continuaba sacudiéndola, iba haciéndose más pequeña... y regordeta... y suave... y redonda... y...

Capítulo XI

Despertar

... **a**l final resultó que era una gatita.

Capítulo XII

¿Quién lo soñó?

—**S**u Majestad no debería ronronear tan alto —dijo Alicia, frotándose los ojos y dirigiéndose a la gatita con respeto y severidad a la vez—. ¡Me has despertado de un sueño, ay, tan bonito! Hemos recorrido juntas, Kiti..., todo el Mundo del Espejo. ¿Lo sabías, querida?

Los gatitos tienen la inoportuna costumbre (había comentado en cierta ocasión Alicia) de ronronear siempre, digas lo que digas: «Si ronroneasen sólo para decir “sí”, y maullaran para decir “no”, o alguna otra regla por el estilo —había dicho—, ¡podríamos sostener una conversación! ¿Pero cómo va a hablar alguien con ellos si siempre dicen lo mismo?».

También en esta ocasión la gatita se limitó a ronronear. No había modo de saber si quería decir «sí» o «no».

Alicia rebuscó entre las piezas de ajedrez que había sobre la mesa hasta dar con la Reina Roja. Entonces se arrodilló en el tapete de la chimenea y enfrentó a la gatita con la Reina.

—¡Vamos, Kiti! —gritó, aplaudiendo victoriosa—. ¡Confiesa en qué te convertiste!

«Pero ni se dignaba a mirarla —le confesaría luego a su hermana—. Giraba la cabeza todo el rato y hacía como que no la veía; pero sí que parecía avergonzarse un poco, así que creo que tuvo que ser la Reina Roja».

—¡Siéntate un poquito más recta, querida! —rio con gusto Alicia—. Y haz una reverencia mientras piensas qué..., qué ronronear. ¡Te ahorrará tiempo, recuérdalo!

Alicia la alzó y le dio un besito:

—Como honor por haber sido una Reina Roja.

»¡Copito, cariño! —continuó, mirando por encima del hombro en busca de la gatita blanca, que seguía aguantando estoicamente su aseo—. Me pregunto cuándo acabará Dina con su Blanca Majestad. Debe de ser por eso que se te veía tan desaseada en mi sueño. ¡Dina! ¿Sabes que estás lamiendo a una Reina Blanca? La verdad, ¡qué poco respetuoso de tu parte!

»¿Y en qué se habrá convertido Dina? —siguió parloteando mientras se acodaba cómodamente en el tapete, apoyando la barbilla sobre una mano para observar a las gatitas—. Dime, Dina, ¿te convertiste en Humpe Dante? Yo diría que sí... Aunque será mejor que no se lo comentes aún a tus amigos, porque no estoy del todo segura.

»Por cierto, Kiti, si fuera verdad que me acompañaste en el sueño, habrías podido disfrutar de una cosa... Me recitaron un montón de poesías, ¡y todas sobre peces! Mañana por la mañana te haré un regalo especial. Te recitaré «La Morsa y el Carpintero» mientras desayunas, ¡así podrás imaginarte que estás comiendo ostras, preciosa!

»Pero ahora, Kiti, pensemos en quién pudo soñar todo aquello. Se trata de un asunto serio, querida, y no creo que sea el momento de ponerte a lamerte la patita. ¡Como si Dina no te hubiera aseado a fondo esta mañana! Verás, Kiti, he tenido que ser yo, o bien el Rey Rojo. Desde luego, él estaba en mi sueño... ¡Pero yo también estaba en el suyo! ¿Fue el Rey Rojo, Kiti? Tú eras su esposa, querida, así que deberías saberlo... ¡Ay, Kiti!, ¿quieres ayudarme a resolverlo? ¡Estoy segura de que tu patita es menos urgente! — Pero la gatita, provocadora, se puso a lamerse la otra pata, haciendo como que no había oído la pregunta.

¿Y tú?, ¿quién crees que fue?

A bordo de una barca, bajo

La placidez del cielo claro:

Intensa tarde de verano.

Con caras ávidas, tres niños

Esperan, prestos los oídos,

Pidiendo un cuento muy sencillo.

Los días ya no son soleados,

El frío condenó al verano

A ser sólo un recuerdo vago.

*Sí, pero Alicia siempre vuelve
A visitarme como un duende:
No alcanza a verla quien no duerme.*

*Con ansia aguardarán los niños
El dulce cuento prometido,
Lanzando cándidos suspiros.*

*Ingenuos, viven encerrados
Dentro de un sueño y sus veranos
Día tras día van menguando.*

*El agua bruñe su reflejo,
Los mece como un río eterno...
La vida, ¿qué es, si no es un sueño?*

Nota del autor

Dado que el problema de ajedrez que aparece en las páginas anteriores ha sorprendido a algunos de mis lectores, quizás resulte oportuno explicar que, en lo que hace a los movimientos, está correctamente planteado. Tal vez no se cumpla de un modo muy estricto la alternancia de jugadas entre el Rojo y el Blanco, en cuanto que la coronación de las tres Reinas es tan sólo una forma de decir que han entrado en palacio; sin embargo, cualquiera que se tome la molestia de colocar las piezas y seguir los movimientos tal como se indica encontrará que el jaque al Rey Blanco en la jugada 6, la captura del Caballo Rojo en la jugada 7 y el jaque mate final al Rey Rojo no se apartan un ápice de las reglas de juego establecidas.

Lewis Carroll
Navidad de 1896

*«Imagínate que el espejo se hace blando como una gasa y lo podemos atravesar.
¡Vaya, qué curioso, yo diría que se está convirtiendo en una especie de niebla!
Será muy fácil atravesarla...».*

MIENTRAS FUERA NIEVA, Alicia juega al ajedrez con su gatita Kiti y medita sobre cómo será el mundo al otro lado del espejo colgado en la pared de su salón. Se sorprenderá al comprobar que puede atravesarlo. De ese lado le espera otra partida de ajedrez. Esta vez jugará con sus propias reglas: allí las flores hablan, los unicornios pelean con leones, el tiempo avanza en sentido contrario... Todo es posible en el mundo al revés.

El magnífico trabajo gráfico de Fernando Vicente para esta edición, convierte a Alicia en uno de sus personajes inolvidables, llevándonos a un viaje increíble al otro lado del espejo para el que sólo hay que pronunciar las palabras mágicas: «Imagínate que somos».

